

HERMANAS

Sandra Araya



Ilustración: Diego Larriva | Traducción al Italiano: Anna Tripaldi





НЕРМЯНАСА

HERMANAS

Sandra Araya

Ilustración: Diego Larriva | Traducción al Italiano: Anna Tripaldi

Hermanas

@del texto en español y la historia original: Sandra Araya

@del texto en italiano: Anna Tripaldi

@de las ilustraciones: Diego Larriva

@de esta edición: Universidad del Azuay, Casa Editora 2024

ISBN 978-9942-645-78-4

e-ISBN 978-9942-645-79-1

Revisión de texto: Cristóbal Zapata

Diseño y diagramación: Diego Larriva

Libro arbitrado por pares

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

Cuenca, Ecuador

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa del titular de los derechos*

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni

Vicerrectora de Investigaciones

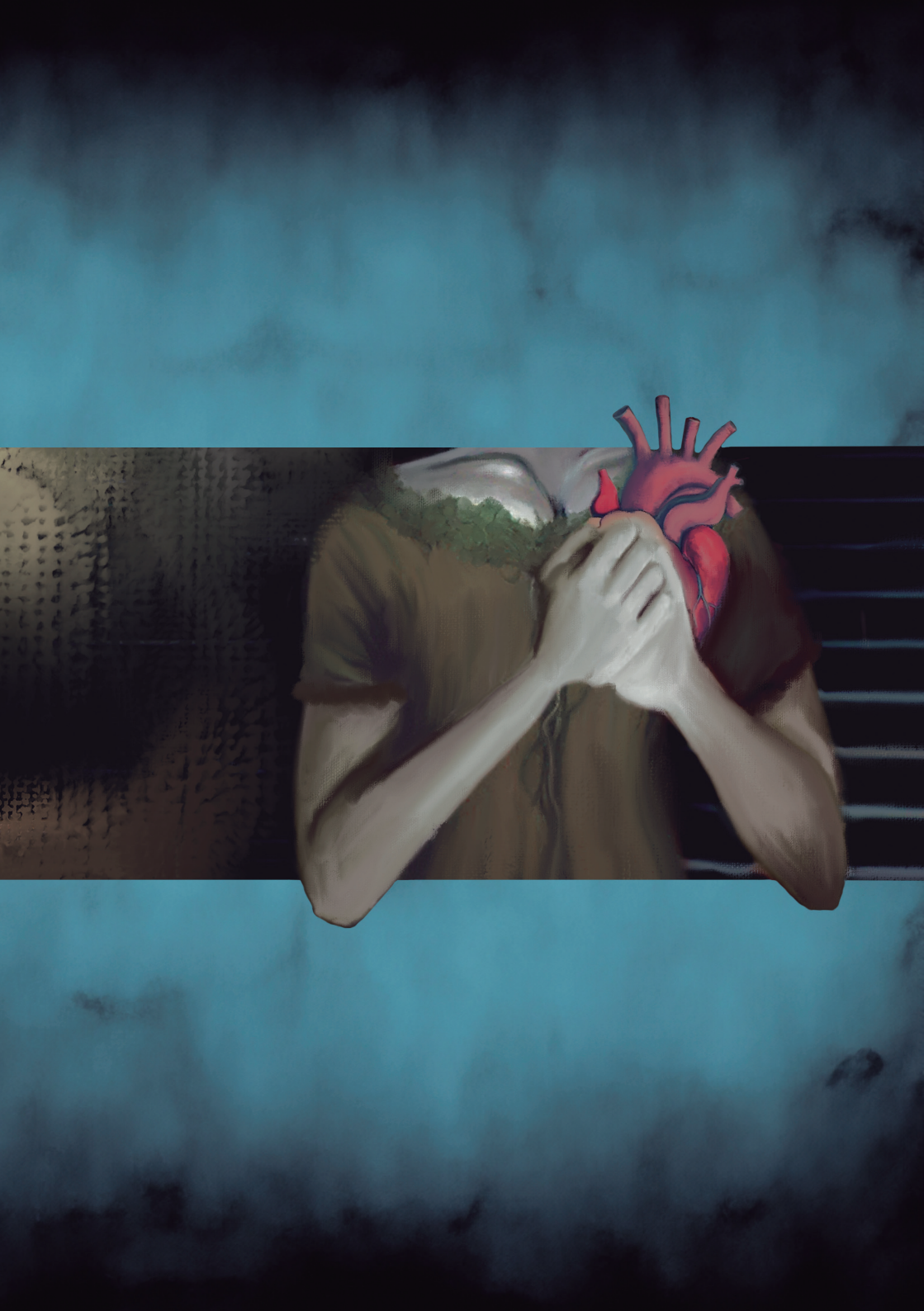
Toa Tripaldi

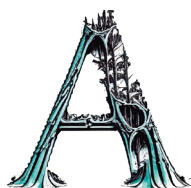
Directora de la Casa Editora











brió los ojos, despertó, sintiéndose totalmente descansada. Lista. Había dormido antes. Temprano. Quería estar despejada a esa precisa hora de la noche. La hora precisa de la noche precisa en la que huiría.

Conocía bien los ruidos de la casa y los ruidos de los habitantes de la casa. Los ruidos de los dueños de la casa y de las invitadas en la casa. Dormían: los dueños de la casa, las invitadas en la casa. La casa. Podía identificar claramente qué postigo se mecía por el viento, así como podía haber dicho a quién pertenecía cada respiración que escuchaba, que sentía en la piel, siempre con asco.

Los animales también dormían, y aunque despertaran, conocían su olor, no gruñirían ni darían la alarma. El que ella había tomado a su cargo, pequeño, casi sin pelo, dormía también, acurrucado entre sus rodillas. Podía notar su calorcito. Y con eso le bastaba para sentirse acompañada. Pero no le bastaba para sentirse libre.



Esa noche era la noche.

Así que se desprendió despacio de la sábana, se desprendió del perro pequeño. Este siguió durmiendo. Eso sí, se acordó de destaparlo, para no olvidarlo en su camino de salida. No lo dejaría ahí. Era lo único que se llevaría. Ni siquiera recogió su ropa, los trapos heredados de sus hermanas que siempre le quedaban muy flojos o muy apretados: no era eso suyo, en realidad.

No tardaría mucho en cruzar el bosque, había pensado cuando empezó con su plan. No tardaría mucho en llegar a la carretera, imaginó, afinando su plan. Ya en la vía, sería fácil encontrar quien la llevara al pueblo y ahí por fin podría entrar a su casa, donde su madre, de donde nunca debió salir.

En realidad, y en principio, nunca debieron salir de la ciudad ni ella ni su madre ni sus hermanas. Maldijo al mundo y a las circunstancias en su mente. La madre había temido por su vida y por la de sus hijas. La madre tenía la convicción de que alejarse de la ciudad era lo mejor, que aislarse era lo mejor, que los pueblos pequeños serían un lugar ideal para esconderse del virus. Además, claro, estaban las invitaciones de la prima de la madre, la tía de ellas, que poco a poco había ido convenciendo a la madre para que agarraran lo poco que tuvieran, “lo que

mejor pudieran”, y abandonaran la ciudad, donde la gente se hacinaba, donde las familias se apretujaban de miedo, traspasándose el virus con solo hablar, con solo respirar. La ciudad era el sitio donde la gente caía muerta en las calles, a vista de los otros, que se movían como las hormigas caminan alrededor de un insecto muerto: lo miran, lo tantean, y deciden si lo olvidan o se lo comen. Por partes.

Insegura al principio, la madre fue contaminándose por las malas noticias durante los días que siguieron a la alerta del nuevo virus: un muerto se desvanecía en la calzada de allá, una muerta caía redonda en la vereda de más acá. Y llegaron las llamadas telefónicas de la prima. Vente. Vente con las niñas. Aquí hay una casa grande en el pueblo. Aquí no hay virus. Tu casa está esperándote. Te la reservo. Mis hijos y yo te ayudaremos.

Los hijos.

¿Cómo no se dieron cuenta antes de lo que pasaba?

Tonta.

Ella no se dio cuenta. Quizás las hermanas sí habían intuido algo.

Tontas.

La madre y ella habían sido las únicas que no se dieron cuenta.

Las hermanas, seguro, tan cómodas con su situación de ahora, habrían por lo menos atisbado la posibilidad de todo lo que estaba sucediendo. De lo que ella iba a escapar, en todo caso. Porque si habían huido todas de la ciudad, si habían podido echar cuatro bultos en el auto, apretarse por un camino larguísimo, pues ella también podía irse, escapar esa noche. Y no dejaría al pequeño animal que dormía en la cama, que se había pegado a su cuerpo desde el primer día, que había sido, asimismo, su salvación, porque gracias a su presencia había podido parapetarse en una habitación solitaria y no recibir al primo que, según ese plan que había fraguado su tía, le correspondía. No abandonaría ella a ese perrito empequeñecido por alguna tara, no, como había dejado la madre a la perra vieja en la ciudad: dijo que no resistiría el viaje en auto, por carretera, tantos días, que no se acostumbraría en el pueblo.

Dejaron en la ciudad a la perra vieja, a cargo de una vecina.

Ella lloró de rabia entonces. Y odió a la madre. Ahora volvió a llorar un poco, sin odiar a la madre ya. Con ganas de volver a verla. No la dejaría como habían dejado a la perra vieja (y se lo diría). Y ella, a su vez, no dejaría a ese perro chico, sin pelo, que nadie quería, que

casi había muerto junto a los cachorros más fuertes de la camada. Se lo llevaría con ella al pueblo, a la casa de la madre. Y quizás lograra convencer a la madre de irse los tres, de volver a la ciudad.

Pero, por ahora, tenía que salir de ahí.

Ya vestida, aunque sin zapatos, tomó al fin al perro pequeño y lo envolvió en su mantita mugrienta, se cruzó el trapo en el torso, como había visto que hacían las mujeres en unas comunidades lejanas, para llevar a sus niños y trabajar, para llevar a sus niños y huir.

¿De qué?

Siempre había alguien escapando de alguien o de algo.

El perro ni siquiera despertó bien. Se acomodó en esa cunita, seguro en su contacto con el cuerpo de ella. Como había sido desde que ella llegó.

Ya segura con el perro a cuestas, tomó sus zapatos y salió descalza. Sabía cuánto peso poner en cada tablón de madera, cómo caminar a oscuras por esa casa que había aprendido a conocer a través del odio.

No sabía exactamente cuántos días habían pasado desde que llegaron ahí. El tiempo se le estiraba, pero desde antes, desde antes, cuando se decretó que el mundo estaba invadido por un virus.

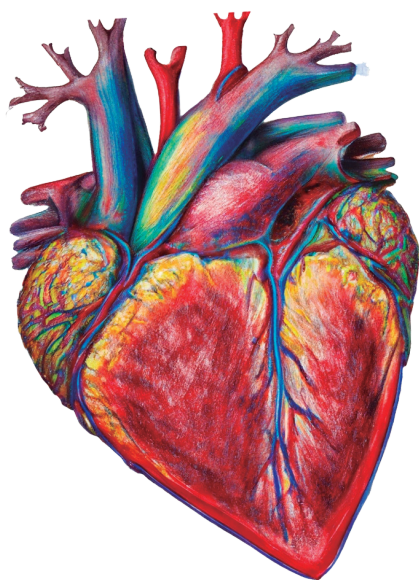


Se habían encerrado en casa, allá en la ciudad, ella había dejado el colegio. Las hermanas cesaron, también, cada una, sus actividades. El primer día en que abrieron las carreteras, se habían apiñado en el auto y se habían largado. El recuerdo de la perra vieja, en el patio de la vecina, mirándolas alejarse, la hizo soltar lágrimas de nuevo.

Unos tres días habían conducido, la madre y las dos hermanas mayores, por una carretera exasperantemente plana. No pararon en ningún hotel. Tampoco habrían podido encontrarlo. Parecía que transitaban por una ruta fantasma. Acaso se había acabado el mundo y ellas no lo sabían. Durmieron, entonces, tres noches, una sobre la otra, a la orilla del camino. El camino exasperantemente plano.

Cuando llegaron al pueblo, entonces, poca rabia le quedaba a ella en el cuerpo, y sintió, más bien, alivio al salir del auto, estirar los huesos, los músculos. La tía y sus hijos las esperaban justo en la entrada de la casa. Las abrazaron, las besaron. Las hermanas se dejaron





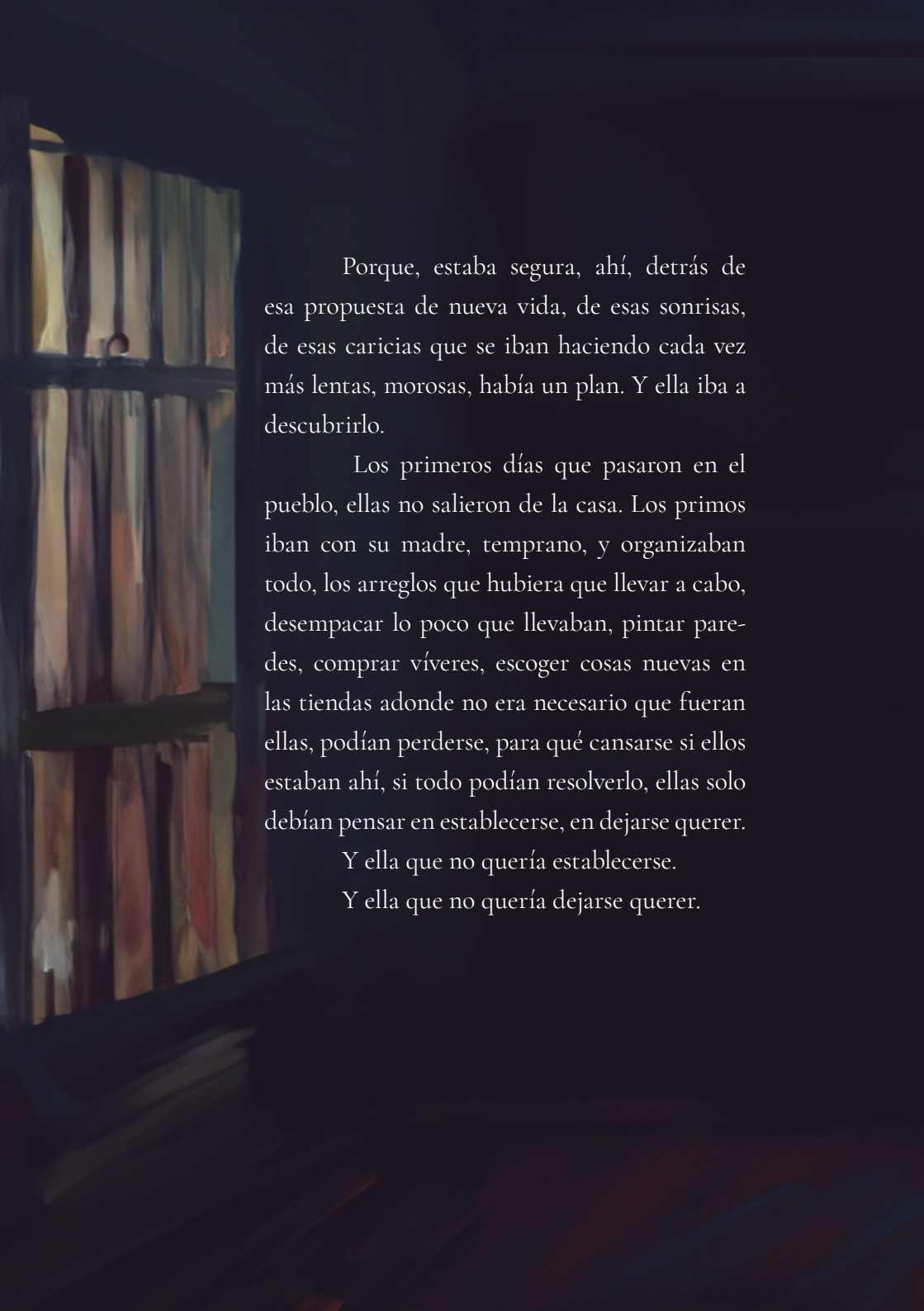
besar, sobre todo por los primos, que se mostraron amabilísimos, solícitos, galantes, sudorosos, fuertes, capaces de sostener su cansancio, los arreglos de la casa y lo que fuera. “¿Y Alda?”, preguntó la madre a la tía. “Se quedó en la casa, estaba algo cansada, algún rato la traigo, o ya la saludan cuando vayan para allá, espero que pronto”. Enseguida, la tía la enfrentó a ella con el primo que tenía su misma edad. “Ya pues, no seas tímido, saluda a tu prima, ayúdala”.

Y ella no tenía cara de pedir ayuda.

Y ella no tenía cara de risa.

Tampoco quería poner el rostro para que su primo la besara en la mejilla, pero tuvo que hacerlo: la madre le clavó los ojos, no con rabia, sino con súplica. Parecía pedirle de favor, con esa mirada, que no echara a perder la buena voluntad de los parientes, que no empezaran mal esa nueva vida, que por un día dejaran atrás la guerra por el abandono de la ciudad y de la perra.

Quizás fue bueno que el primo la besara. El asco inmediato que sintió cuando sus labios se posaron, mojados y firmes, sobre su carne, fue lo que la decidió, aunque sin saberlo aún, a no prestarse a los planes de la tía, cualquiera que estos fueran.



Porque, estaba segura, ahí, detrás de esa propuesta de nueva vida, de esas sonrisas, de esas caricias que se iban haciendo cada vez más lentas, morosas, había un plan. Y ella iba a descubrirlo.

Los primeros días que pasaron en el pueblo, ellas no salieron de la casa. Los primos iban con su madre, temprano, y organizaban todo, los arreglos que hubiera que llevar a cabo, desempacar lo poco que llevaban, pintar paredes, comprar víveres, escoger cosas nuevas en las tiendas adonde no era necesario que fueran ellas, podían perderse, para qué cansarse si ellos estaban ahí, si todo podían resolverlo, ellas solo debían pensar en establecerse, en dejarse querer.

Y ella que no quería establecerse.

Y ella que no quería dejarse querer.

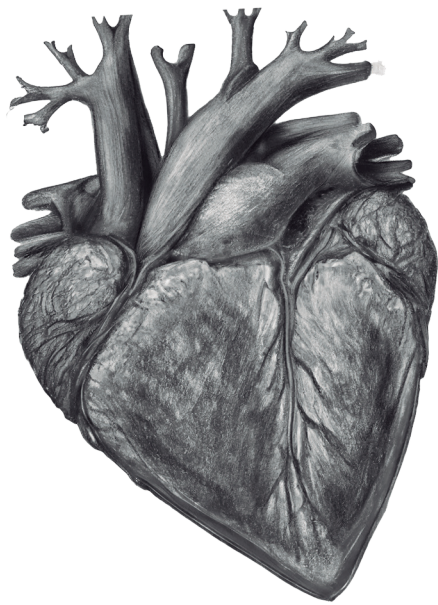


Quería explorar, si ya habían llegado a ese sitio. Gritar. Patear el suelo. Así que pescó una bicicleta vieja que encontró en el garaje de la casa nueva-vieja, la aceitó, y salió por el pueblo. El primer día, el tercero de su llegada, salió y su tía no alcanzó a decirle al primo de su edad que la siguiera. Aquel, medio regordete, no pudo igualar su paso. Y ella se hizo la sorda a sus gritos, ya en camino a ningún lado.

Era verano. Le había cortado las mangas a una camisa de su hermana inmediata mayor -la que ya se maquillaba, aunque aún pareciera disfrazada- y se sentía más fresca, más cómoda en su piel. Usaba también un sujetador que a aquella le quedaba pequeño y que a ella, en cambio, le sentaba bien, pero que no soportaba mucho. De hecho, poco a poco se había ido hartando de heredar la ropa de sus hermanas. Apenas estuvo fuera del alcance de los de la casa, se arrimó un momento en la bicicleta y se sacó, por debajo de la camisa, el sostén, y lo amarró al asiento. Parecía solo un trapo. Es que los senos ya le habían crecido, pero no le gustaba llevarlos sujetos. No le dolían ya como cuando estaban desarrollándose, aunque a veces sí le pesaban, cuando iba a menstruar, y otras veces, sin motivo aparente. Le gustaba sentirlos así, pesados y duros bajo la camisa, sudados. Los miraba

mucho cuando se bañaba, aprovechaba para tocárselos entonces. Se los estrujaba. Ahora, el aire que entraba por las mangas cortadas le hacía cosquillas en los senos, no en los pezones, sino a los lados.

Pero a pesar de que se tocaba y tenía sensaciones que no podía siquiera nombrar, no pensaba mucho en el sexo, en el acto mismo. Sabía lo que pasaba entre un hombre y una mujer cuando tenían relaciones, conocía los riesgos, tenía a su disposición la terminología, toda la información posible, las palabras, pero no podía asociar aquel conocimiento abstracto con su cuerpo, con sus sensaciones, con la piel. No le preocupaba aún acostarse o no con un hombre, con un joven, con alguien. Sabía, supo en su momento, que sus dos hermanas mayores ya lo habían hecho en la ciudad alguna vez, con algún chico del colegio. Y luego, nada más. No hubo dramas de virginidades perdidas ni embarazos no deseados. Se habían acostado con un tipo y luego no pasó nada. Es que ya eran grandes para manejar su vida sexual, le había oído decir a la madre, eran chicas que sabían lo que hacían. Con la hermana menor, la que estaba antes de ella, había que tener más cuidado. Se notaba que quería como fuera enamorarse-entregarse-encamarse con el que llegara. Y el que arribara a su vida podía no ser el mejor. O siquiera



uno pasable. Se le notaba en los ojos a esa chica que, más que enamorada de alguien en especial, estaba ilusionada con la idea de que tendría un romance con un único y verdadero amor y que dentro de esa especie de promoción estaba incluido también el acto sexual.

Ella, en el fondo, la despreciaba a esa hermana que le llevaba solo un año y medio más. La encontraba tonta. Y con el paso de los meses, también encontró ton-tas a sus otras hermanas, a las mismas que, en algún momento de la vida, en un pasado bajo otro cielo, “sí sabían qué hacían”. ¿Y ahora? No podían saber lo que hacían. No podían haber sido, se dijo, tan egoístas para acatar ese destino, el de ser las esposas rurales de esos primos, sin pesar en si la madre aún las necesitaba, sin siquiera volver a su casa para notificarle de sus uniones. Tampoco volvieron a despedirse de ella. Y cuando ella quiso, un día, salir del terreno de la casa de la tía, firmemente le habían dicho que no la dejarían salir sola, que esperara a cubierto a que la madre las llamara de nuevo.

Eran prisioneras y solo ella se daba cuenta de su situación. O solo a ella le importaba.

Así, a esa hora de la noche, luego de los meses transcurridos en ese lugar, a ella le importaba un pito la suerte de sus hermanas en esa casa en la que habían decidido instalarse junto a sus primos en calidad de amantes, de convivientes, de esposas consagradas por la bendición de la tía. Ella, en todo caso, no iba a seguir el camino de las otras, no dejaría que su primo, el de su edad, se colara en su cuarto.

El plan de la tía había sido siempre ese: atraerlas al pueblo, luego, atraerlas a la casa, y que cada una se emparejara con uno de sus hijos, cada una con el de su edad, para parir muchos críos que repoblarían el mundo luego de la tragedia que los había azotado a todos como humanidad.

Sonaba extremo: sí.

Sonaba algo idiota: sí.

Pero no había otra respuesta.

Trató entonces de advertirles a las hermanas sus sospechas, las había llevado aparte, juntas, por separado, y se los había dicho, que aquello era como una empresa familiar, o una especie de plan mesiánico, algo enfermo, que la tía había fraguado y que ahora quería poner en

práctica tal como tenía a los perros y otros animales pariendo ahí afuera, mezclándose, dueña y señora de un mundo vivo, sí, pero malhecho, forzado. Ellas respondieron con risas, luego con fastidio y, al final, la hermana que le seguía le había clavado los dedos en el brazo y le prohibió que volviera a decir semejantes cosas de su tía y de sus primos que tan bien las habían recibido. Además, no iba a permitir que una niña machona arruinara su felicidad.

Machona. Las sílabas sonaron como un escupitajo en esa boca torpe.

No estaba segura de que alguna de sus hermanas la hubiera delatado con su tía, pero ella empezó a notar que aquella la trataba distinto, quizás era hasta más dulce, al extremo, le daba los pedazos más grandes de pastel de carne, se enredaba en largos discursos en la mesa sobre el amor familiar, sobre la unión, mientras la miraba con intensidad. Luego lloraba, empezaba casi en silencio, y luego gemía, miraba al cielo y decía que se moriría si quedaba sola, sin ver conformada bien a su familia. Y es que la ingratitud, el horror máximo, se colaba en todas las casas sin importar el amor que se hubiera derrochado ahí.

Alguna vez pensó ella en interrumpir la llantina de la tía y decirle que su madre era quien estaba sola, que se había quedado atrás en una casa desconocida, en un pueblo desconocido. Sola. Sola. Sola. Ella sí. Y que, en tal caso, ellas, sus hermanas, eran las malagradecidas por abandonarla porque ya alguien les había metido las manos bajo la ropa. Pero no se hubiera atrevido a tanto. Y aunque hubiera refrenado la lengua y hubiese ofrecido al resto de comensales un discurso más morigerado sobre la soledad de su madre, allá, en el pueblo, la respuesta, porque la había oído mucho antes de que cualquiera pudiera decir algo, sería: la tía diría que ese día, temprano, había llamado a la madre y que ella estaba encantada con que sus hijas estuvieran ahí, con sus primos, que disfrutaran, que, por su parte, necesitaba algo de soledad, de tranquilidad, que quizás no estaría en casa si volvieran de pronto, porque tenía pensado hacer una excursión a la ciudad para ver qué había quedado allá.

Cuando ella pensaba en la madre, sola en ese caserón en el que habían estado solo un par de semanas, no podía sino asociar su imagen con la de la perra en el patio de la vecina, mirándolas partir, sin tener mucha idea de lo que sucedía.

Pero ella volvería. Era la única que no participaría de esos planes de su tía.

Ya en el porche, ya con los pies en la tierra, mientras se ponía los zapatos, aguantando el aire frío que la había rozado, pensó que en realidad no era la única que no cuadraba en el gran plan urdido en su casa. Alguien más no calzaba ahí: Alda.

La tía no tenía solamente cuatro hijos. Tenía una hija menor. Ella le llevaba un par de años. Alda aún era una niña, pero una niña grande, quizás se le empezaban a notar algunas curvas, pero pocas, y recién en ese verano, un día, despertó gritando y alborotando la casa porque tenía la cama cubierta de sangre. La tía había gritado y fingió desmayarse de la impresión. La hermana mayor, entonces, con aire maternal, se había llevado a Alda al baño que compartían todos, el baño de una casa rural, y le explicó qué le estaba sucediendo a su cuerpo y por qué, desde ese momento, no podía tener relaciones sexuales con un hombre porque podía quedar embarazada.

Ella no asistió a esa charla, pero no era difícil imaginarla, desde su cuarto, con la vista clavada en el techo. Era la misma retahíla que le había dado la hermana a ella, hacía un par de años. Había encontrado bobísimo





el consejo de no acostarse con nadie a una edad en la que ella ni siquiera pensaba en eso. Pero sí cambió en algo su vida y es que entonces su cuerpo empezó a mutar: algo en el vientre, como una aguja, se activaba a veces, sin previo aviso, y los senos le fueron creciendo, redondeándose, poniéndose duros. Pensó, mientras escuchaba los últimos rezagos de la batahola por la primera menstruación de Alda, en tocárselos, a oscuras, pero le dio vergüenza, a esa hora, escuchando la respiración rápida y agitada del cachorro casi pelado, pegado a ella.

Alda no entraba en los planes de la tía. ¿Con quién emparejarla? A ellas, lo sabía, les había tocado cada uno de los hermanos. Ella, por su parte, pasaba su día huyendo del primo de su edad que, si llegaba a encontrarla sola, la acorralaba con el cuerpo, sin atreverse a tocarla con las manos, sin atreverse a asirla, pero sí aproximando su cuerpo al de ella, para que estos se rozaran, que quedaran, por algún motivo, unidos. Sentía su calor de niño rollizo y excitado.

Pero no lo sentiría más. Nunca más.

Qué le importaba a ella lo que sucediera con Alda, pensó algo furiosa. Si no se adaptaba a ese plan en específico, quizás la tía la emparejaría con algún campesino de por ahí cerca, para deshacerse de ella o para ponerla a parir como a las perras del patio. Tal vez la enviaría a la ciudad. Tal vez la mataría. O no. Borró de su mente las ideas anteriores. Había dado con la respuesta: seguro que la mantendría ahí, en esa casa, virgen para siempre, para que les sirviera de criada a sus hermanos y sus esposas, las primas, y a los hijos e hijas de estos, que se multiplicarían y que seguro hasta se casarían entre ellos, luego, como una tribu que se desbordaría como los gemidos que escuchaba en las noches antes de dormirse.

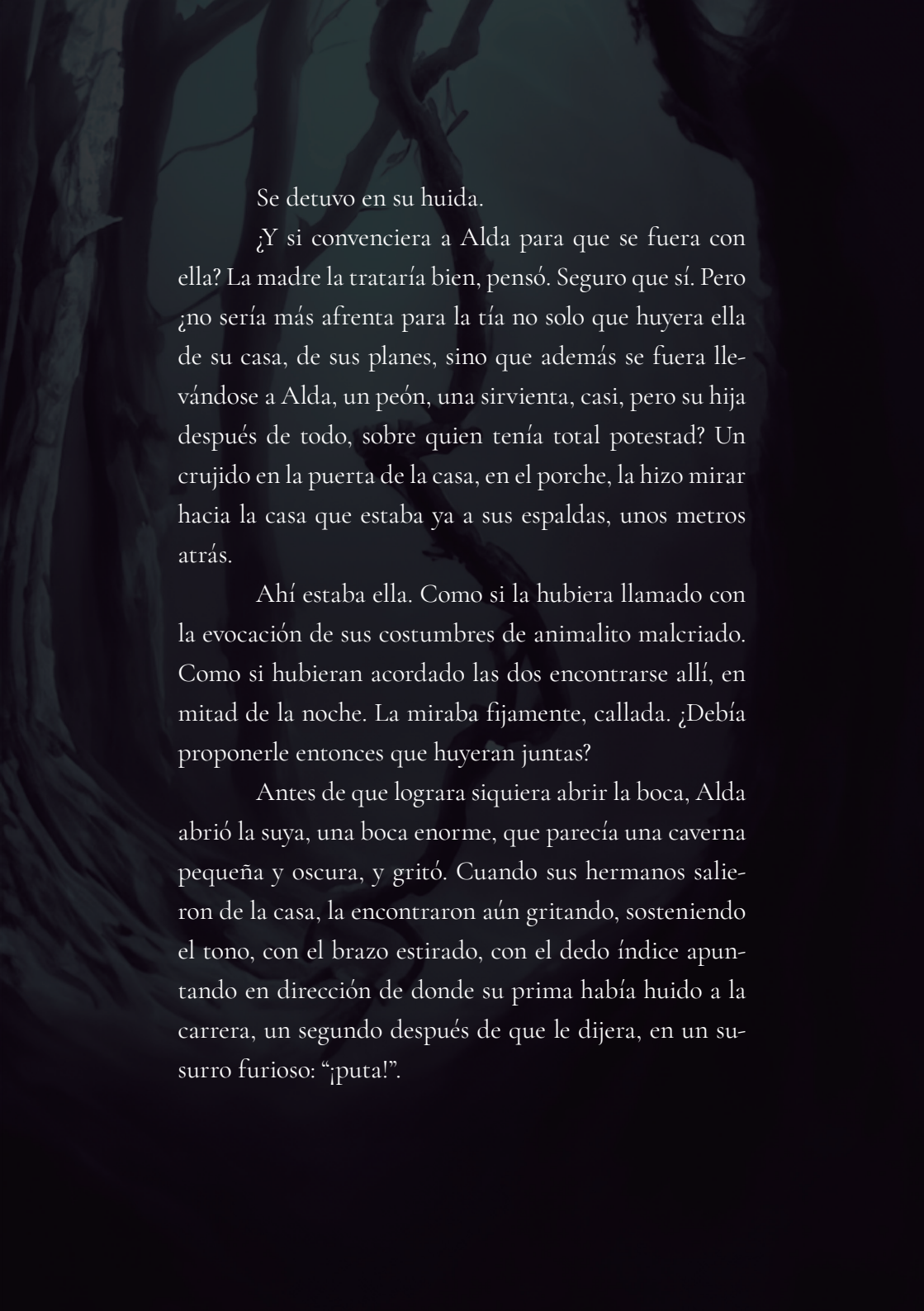
Alda estaba destinada a eso. A la inmovilidad del cuerpo a menos que se le ordenase otra cosa. A querer y criar hijos ajenos. A gestar, en otros vientres, el cariño de una madre que no sería jamás.

Por eso reaccionaba arisca cuando alguna de las hermanas quería hacerle un mimo pequeño, cuando los hermanos se reían de ella, cuando la madre la enviaba a hacer tal o cual tarea. Aprovechaba esa interacción para moverse, como un ser congelado que vuelve a la vida por momentos, que quiere aprovechar, con torpeza, la venia para existir.

Se repitió en la mente, ya calzada, sobre la tierra apisonada del patio: qué le podía importar a ella Alda. No habían hablado nunca. No podía recordar, siquiera, que hubieran cruzado un saludo u otra palabra por mera cortesía. No recordaba el tono de su voz. Y es que seguro no lo había escuchado jamás.

Se sentaban juntas en la mesa, en el extremo que parecía el polo opuesto de quienes llevaban la risa cantante en la familia y las riendas de sus existencias. Se sentaban juntas en la mesa, pero no recordaba que se hubieran siquiera rozado, por casualidad o a propósito, para transmitirse un mensaje de solidaridad, alivio, sostén. Se sentaban juntas en la mesa, pero no recordaba ella haberle visto la cara a Alda. Le había mirado, eso

sí, las manos, al comer, aunque no con la intención de fijarse en su prima, en sus gestos, sino porque ella bajaba la vista para evitar cualquier contacto con su primo, ese que parecía asignado para ella, sentado justamente enfrente, por orden de la tía. (No era raro que la tía, en mitad de la comida, interrumpiera lo que estaba diciendo o la charla que se llevaba a cabo para reprender a su hijo menor, para decirle que se fijara en su prima, que fuera cortés con ella, quizás quería la sal, la pimienta, alguna fuente, y él no le había preguntado, concentrado como estaba en comer-comer-y-comer). Así que le había mirado alguna vez las manos a su prima, a Alda, los dedos, que desmenuzaban hábilmente un pedazo de pollo, dedos veloces cuando tocaban directamente la comida, pero que se volvían algo torpes al manejar los cubiertos. Sí, recordó que una vez, una ocasión precisa, luego de quedarse absorta en los dedos de Alda, había escuchado el chasquido de su lengua cuando esta se chupaba los dedos para sorber la última grasa del pollo asado que engullía con voracidad. Era un animal comiéndose a otro animal, pensó esa vez. Y no le desagradó esa idea.



Se detuvo en su huida.

¿Y si convenciera a Alda para que se fuera con ella? La madre la trataría bien, pensó. Seguro que sí. Pero ¿no sería más afrenta para la tía no solo que huyera ella de su casa, de sus planes, sino que además se fuera llevándose a Alda, un peón, una sirvienta, casi, pero su hija después de todo, sobre quien tenía total potestad? Un crujido en la puerta de la casa, en el porche, la hizo mirar hacia la casa que estaba ya a sus espaldas, unos metros atrás.

Ahí estaba ella. Como si la hubiera llamado con la evocación de sus costumbres de animalito malcriado. Como si hubieran acordado las dos encontrarse allí, en mitad de la noche. La miraba fijamente, callada. ¿Debía proponerle entonces que huyeran juntas?

Antes de que lograra siquiera abrir la boca, Alda abrió la suya, una boca enorme, que parecía una caverna pequeña y oscura, y gritó. Cuando sus hermanos salieron de la casa, la encontraron aún gritando, sosteniendo el tono, con el brazo estirado, con el dedo índice apuntando en dirección de donde su prima había huido a la carrera, un segundo después de que le dijera, en un susurro furioso: “¡puta!”.





Había corrido durante toda la noche. El bosque le parecía interminable. Había calculado mal las distancias. Seguramente se había perdido. Lo que, en su mente, cuando planeó su huida, parecía una caminata de solo algunas horas, se había transformado en un viaje sin fin que ya empezaba a atemorizarla, no solo por su vida, sino por la del perro pequeño que llevaba a cuestas.

Cuando salió corriendo, luego del aviso de Alda, se había metido en la espesura, rápida, sin pensar en las ramas que chocaban contra su cara, contra sus piernas, contra sus brazos, las ramas que querían retener su cuerpo, que querían empujarla hacia atrás, hacia esa casa donde debía cumplir un destino. Siguió corriendo a pesar de ellas. Se aseguró de a cada momento apretar el bulto que tenía pegado a su espalda, para no perderlo en el camino, en la huida, y de cierta forma se consoló pensando, rápidamente, en que el perrillo no sentiría el impacto de la maleza porque ella iba por delante.

Corrió cuanto pudo, luego siguió caminando, a grandes zancadas. Si se detenía, pensó, no tendría fuerza para levantarse y continuar con su escape. Más aún, no se detuvo porque, en un par de veces que miró hacia atrás, vio luces, linternas, de seguro, que anunciaban la presencia de sus primos, ya en plan de cacería. La presa era ella, por supuesto. Por eso mismo debía seguir, aunque el cuerpo le quemara.

La imagen de ella, regresando a la casa de su tía, cansada, sudorosa, con el perro a cuestras, escoltada por sus primos, entre risueños y molestos, le ponía la boca amarga. Escupió un par de veces en el camino. No volvería. Podía también imaginar los gritos de sus hermanas, los chillidos absurdos de la hermana que le seguía, seguro hasta la pellizcaría, sería capaz de soltarle un bofetón, le apretaría de nuevo los brazos, con los dedos como garras, mientras le decía, con los dientes apretados, que no dejaría que una machona arruinara su felicidad.

Quédate con tu felicidad, estúpida, le dijo en su mente. Y es que podía imaginar la escena, escuchaba ya las palabras. Nuevamente como un salivazo.

Así que siguió.

Calculó que había salido de la casa a las dos de la mañana. Les llevaba ventaja a los primos, seguro, por-

que en el momento en que habían escuchado los gritos de Alda, ellos habrían estado profundamente dormidos, desnudos, seguro, seguro, junto a sus primas, las hermanas de ella, desnudas también, agotados todos por los momentos y el sonido de las camas. Escupió de nuevo. Habrían tardado lo suyo en vestirse, en calmar en algo a la tía, que seguro dio un brinco en su enorme lecho de resortes rechinantes por el alarido de su hija.

Repitió, en voz baja: “¡puta!”.

Se detuvo un segundo. Creyó escuchar un eco de su insulto. Miró hacia atrás. Nadie. Nada. Las luces se veían muy lejos. Pero prefirió no confiarse. El bosque se veía inmenso. Decidió seguir caminando mientras estuviera a oscuras, tanteando el suelo con sus pies: lograba ver bien porque la noche estaba estrellada. Lo había planeado bien, había esperado la noche en que la luna estaría casi llena. No había querido llevar una linterna. Hubiera sido una señal para encontrarla. Y ella se había imaginado así, a media oscuridad, a media luz, aunque no contaba con la delación de su prima.

La cosa había cambiado. La estaban buscando antes de lo que ella tenía previsto. En su mente, había visto muchas veces la escena en que su tía entraba primero al cuarto y lo encontraba vacío, entonces daba gritos, iba de aquí para allá buscándola, golpeaba la puerta de cada hermano, de todos ellos que aún estarían trenzados con sus respectivas hembras, como animales, pensaba, sí, como animales, sudados, y la vieja que seguiría dando voces, que habría ido al patio y que se habría dado perfecta cuenta de que ella se había ido porque no encontraría al perro pequeño, alapestado, como la tía lo llamaba. Vieja de mierda, escupió otra vez.

La cosa había cambiado. La estaban buscando antes de lo que ella tenía previsto. Por eso, el plan debía modificarse. Caminaría lo que le restaba de noche, pero antes de que amaneciera, tendría que buscar un refugio, un escondite. Si ahora no la encontraban, regresarían los primos a descansar algo, a terminar su sueño, a buscar mejores ropas, a prepararse, a estar atentos a verla a la luz del día. Y aunque estuviera cerca de la carretera: no podía arriesgarse a que la pescaran en el camino. Si la agarraban, no podría escapar otra vez.



Al amanecer, ya cuando el cansancio empezaba a pesarle en el cuerpo, encontró una cueva. Pequeña. Oscura. Como la boca de Alda cuando gritaba en la noche.

Putá.



No había querido dormirse, pero apenas se tendió en el suelo de tierra los ojos se le cerraron. Alcanzó solamente a sacarse el bulto de su espalda, a verificar que el perro siguiera respirando, que no hubiera muerto de sed o ahogado en su propia orina, si es que se había meado mientras ella caminaba sin freno.

El perro, una vez en el suelo, dio unos pasos, se agachó como una perra y soltó un hilito de orina. Ni siquiera levantó el polvo. Ella lo acercó a su cuerpo y así, sosteniéndolo, se tendió, para permanecer alerta, con los ojos abiertos. No pudo evitar dormirse.

Cuando despertó lo hizo en medio de un sobresalto. Había olvidado algo, lo había olvidado todo. ¿Qué? El lugar en el que estaba. El dolor del cuerpo que escapaba. El odio que la había empujado a huir. Al abrir los ojos, entonces, recobró, al ritmo de su respiración, los recuerdos, los ecos de sus sensaciones, de sus frustraciones, de sus deseos. El perro se había desprendido de sus brazos para irse al fondo de la caverna, una hondura que poco a poco se iba desdibujando por la oscuridad, y olisqueaba el suelo.

Se había dormido de cara al interior de la caverna. Para cuando se dio la vuelta, para enfrentar el espacio abierto, la visión del cielo, ya sabía que había alguien más ahí. Entonces la vio. Estaba parada a la entrada de la cueva. Tal como había estado parada en el porche de la casa, con la vista fija en ella, lista para dar la alarma. No pensó entonces en pedirle que se fuera con ella ni en suplicarle que no la delatara otra vez. No pensó. Solo se abalanzó sobre Alda, la tumbó, en el suelo, y luego la arrastró hacia el interior de la caverna, sin importarle el dolor del cuerpo, sin importarle, tampoco, faltaba más, si le causaba dolor a ella. El perro, ajeno a las dos chicas, seguía en su exploración de la parte interna de la gruta, quizás asumiendo ese espacio como su nuevo hogar.

Ella tardó un poco en darse cuenta de que Alda no se había resistido a sus empujones ni a sus jalones de pelo. Tampoco gritó, ni para pedir ayuda ni de dolor por el maltrato que estaba recibiendo. Solo se quedó sentada donde ella la depositó y la miró. Uno, dos segundos. Tres.

—¿Qué mierda haces aquí? ¿Dónde están tus hermanos? —dijo, intentando no elevar la voz. Un susurro transmitía más furia que un grito.

Alda no respondió. Se quedó ahí sentada, mirándola, como un animal entre la esperanza y la duda. Hasta se sentaba como una bestia, pensó ella, como una niña-loba, niña-zorra, niña-perra-salvaje. Recordó lo que había visto esa vez en la mesa, los dedos de su prima comiendo como un mono carnívoro que aprendía a desmenuzar sus primeras presas. “Un animal comiéndose a otro animal”.

De alguna forma, Alda había adivinado lo que su prima pensaba, porque de un morral de tela, mugriento, que llevaba a la espalda, sacó una tarrina. Y una botella de agua. Ambos recipientes se los ofreció a ella, estiró los brazos hacia arriba. Cualquiera que hubiera visto la escena habría pensado en una ofrenda, en la sumisión del sacrificio a un dios. O diosa.



Ella miró los recipientes y la cara de su prima, una y otra vez. Miró también hacia la entrada de la cueva. Esperaba ver aparecer en cualquier segundo a sus primos para llevársela a rastras de vuelta a la casa. Pero pasaban los segundos, pasaron los minutos, y las dos seguían ahí, una frente a la otra. Ella entonces entendió que Alda había huido también, que quizás conocía mejor que nadie el bosque porque ahí fue criada, o que, más bien, se había criado sola entre la casa y la naturaleza salvaje, medio animal, por el abandono de su madre, más centrada en educar a esos varoncitos que un día se harían con útiles esposas, sus hermanas. Aceptó las tarrinas y se sentó con las piernas cruzadas frente a Alda, destapó la botella y tomó dos tragos largos de agua. Destapó la tarrina, adentro había dos piezas de pollo pegadas por una grasa ya fría, junto a una rodaja de zanahoria. Le ofreció una a su prima. Alda la tomó en silencio, con la vista fija en ella.

El perro, apenas sintió el olor del pollo, se acercó a las chicas. Movié su cola, su miserable cola con poco pelo. Ella bajó entonces las defensas. Veía que el animal estaba ya sanando de la debilidad que le había conferido la vida al momento de nacer. Con cuidado, sacó unas hebras de piel blanca de la pechuga de pollo que su pri-

ma le había dejado en la tarrina, y se las dio al animal pequeño y voraz.

—¿Por qué me estás ayudando? —preguntó, sin mirar a su prima, con la vista fija en los movimientos del perro, en la posibilidad de que pudiera ahogarse con un mínimo trozo de carne. Su tono ya no era brusco. Había cautela ahí. Y quizás algo de miedo. Algo más, también, una premonición. Una aguja que se activaba sin motivo aparente. A veces.

La otra no respondió. Comía solamente.

Ella le puso un poco de agua al perro en la tapa de la tarrina del pollo y este bebió todo el líquido. Luego, pareció desentenderse de ellas y volvió al fondo de la cueva, a oler ese nuevo mundo.

Entonces sucedió.

Alda se chupó los dedos y ella escuchó el chasquido.

Ese fue el detonante.

Le metió un manotazo a su prima que la hizo soltar la pierna de pollo en el suelo. Luego la cacheteó. Alda siguió sin reaccionar. Solo la miraba. El chasquido de ese golpe la exasperó aun más que su silencio.

—¿Qué quieres tú conmigo, ah?

Eso ya se lo había dicho muy cerca de la cara de Alda, tanto que seguro algunas gotitas de saliva se le habrían quedado pegadas a las mejillas de la chiquilla, a la boca entreabierta que mostraba dos incisivos enormes. Ella se acercó tanto a la otra que las caras de ambas podrían haber sido las de alguien que besa su reflejo en un espejo, dejando que la piel se mojara con una baba transparente, algo amarga, que resbalaba fría por las superficies de tela, de carne, de tierra, fluyendo junto a otros líquidos esenciales.



Después de un rato de caminar ya por el duro asfalto de la carretera, entrada la mañana, vio algo que brillaba a la vera del camino. No podía ser la misma bicicleta que alguna vez encontró ella en el garaje de la casa del pueblo. Pero se parecía. Una-otra bicicleta igual de





vieja, abandonada, pero que andaba, que podía servirle por lo menos hasta que llegara al pueblo, a la casa, a los brazos de su madre que, estaba segura, estaría ahí, y no de viaje, como les había dicho tantas veces la tía.

No le importaba ya si alguien la veía, si los mismos primos llegaban a través del bosque, del camino, en su horrible camioneta blanca. Que la vieran. No podían pararla ya. No podían parar nada en su vida. Además, habrían perdido ya mucho tiempo. Ella les llevaba mucho trecho, en todos los sentidos.

Antes de empezar a pedalear, se acomodó bien en el asiento, con algo de dolor, sentía la piel rozada, sentía la piel que le latía con fuerza, ahí abajo, en el centro, como si siguiera en la espera ansiosa de la penetración. Insaciable.

Recordó los dedos de su prima Alda, sucios de grasa, sucios de todo.

Acomodó la manta a su espalda donde aún llevaba al perro dormido. Era mejor si se daba prisa. El sol pronto pegaría más fuerte. Ya sentía mucho calor, de hecho. Pensó en el olor que saldría de la caverna, el olor de los huesos, de todo lo vertido en el suelo polvoso. De ese hueco saldría un tufo a animales muertos, deshuesados. Y eso, si querían, podían recuperarlo sus primos.

Pronto agarró velocidad. El viento le pegó en la cara, refrescando las heridas de los chicotazos de las ramas y de los mordiscos. La lengua también dejaba heridas.

El viento la traspasó: bajo la blusa, sentía los senos. Duros. Sudorosos. Sabios.

Eran los senos que se mecían, pesados, mostrando una gravidez nueva y desconocida.













2017

SORELLE

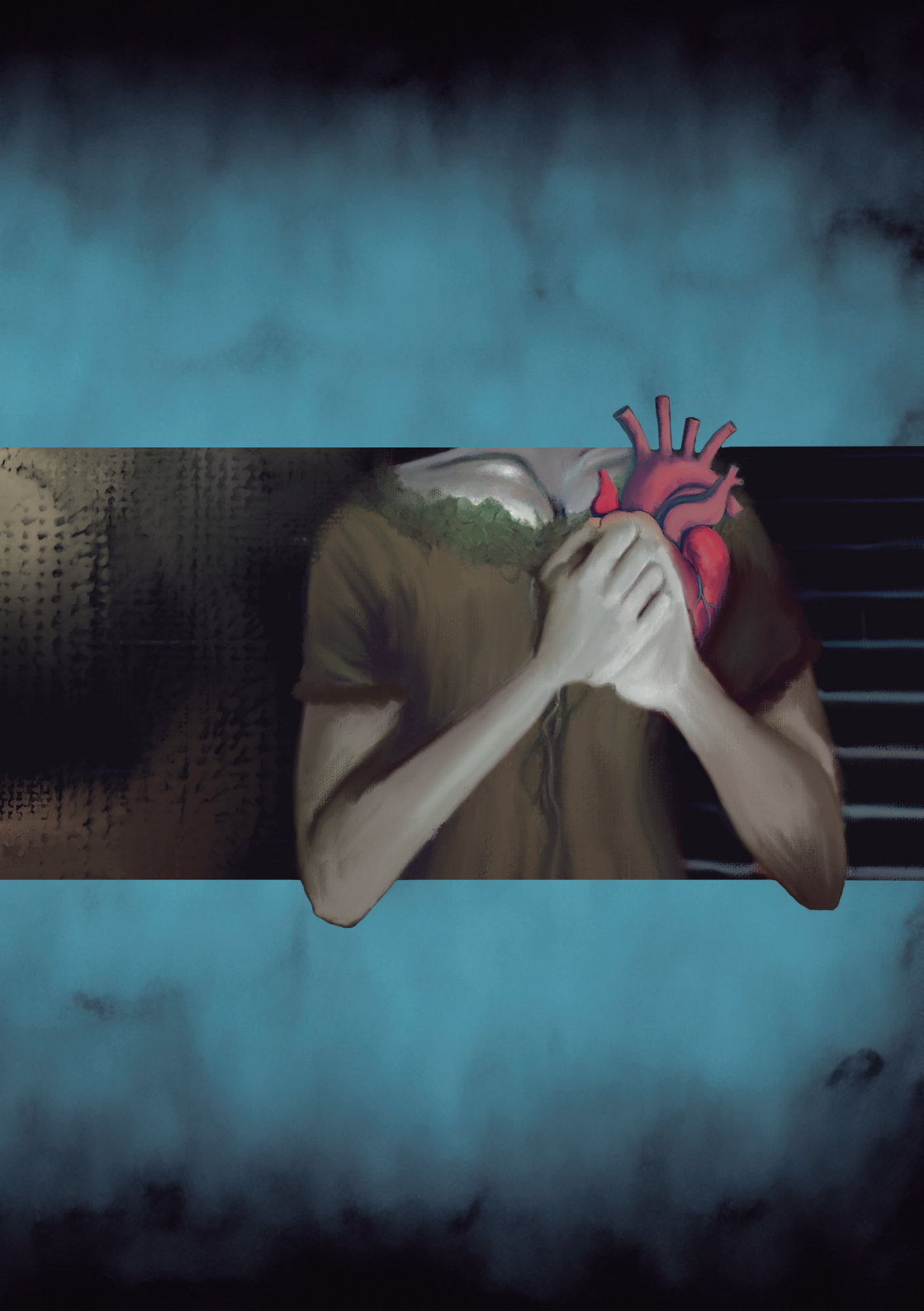
Sandra Araya

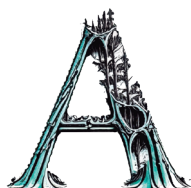
Illustrazione: Diego Larriva | Traduzione in Italiano: Anna Tripaldi











Apri' gli occhi, si svegliò, sentendosi completamente riposata. Pronta. Si era addormentata prima. Presto. Voleva essere vigile esattamente a quell'ora di notte. All'ora precisa della notte precisa in cui sarebbe fuggita.

Conosceva bene i rumori della casa e i rumori degli abitanti di quella casa. I rumori dei proprietari e degli ospiti di casa. Dormivano: i padroni e gli ospiti. E la casa. Sapeva chiaramente individuare quale persiana dondolava al vento, così come avrebbe potuto dire a chi appartenesse ogni respiro che sentiva, che sentiva sulla pelle, sempre con schifo.

Anche gli animali dormivano, e anche se si fossero svegliati, conoscevano il suo odore, non avrebbero ringhiato né avrebbero dato l'allarme. Quello che lei aveva preso in custodia, piccolo, quasi glabro, dormiva rannicchiato tra le sue ginocchia. Lei sentiva il suo calore. E questo le bastava per non sentirsi sola. Ma non le bastava per sentirsi libera.



Quella notte era la notte.

Allora si spostò lentamente dal lenzuolo, si staccò dal cagnolino che continuava a dormire. Naturalmente si ricordò di scoprirlo, per non dimenticarlo quando fosse uscita. Non l'avrebbe lasciato lì. Era l'unica cosa che avrebbe preso. Non raccolse neanche i suoi vestiti, gli stracci ereditati dalle sue sorelle che per lei erano sempre troppo larghi o troppo stretti: non erano mai realmente suoi.

Non ci sarebbe voluto molto per attraversare il bosco, aveva pensato quando diede inizio al suo piano. Non ci sarebbe voluto molto per raggiungere la strada, pensò, perfezionandolo. Una volta sulla strada, sarebbe stato facile trovare qualcuno che l'accompagnasse in paese e lì finalmente sarebbe potuta entrare a casa sua, da sua madre, da dove non sarebbe mai dovuta uscire.

In realtà e prima di tutto, né lei né sua madre né le sue sorelle avrebbero mai dovuto lasciare la città. Maledisse il mondo e le circostanze nella sua mente. La madre aveva temuto per la sua vita e per quella delle sue figlie. Era convinta che allontanarsi dalla città fosse la cosa migliore, che isolarsi fosse la cosa migliore, che i paesi piccoli sarebbero stati il luoghi ideali per nascondersi dal virus. E poi, naturalmente, c'erano anche

gli inviti della cugina della madre, la loro zia, che a poco a poco aveva convinto la madre a prendere quel poco che avevano, “quello che potevano meglio”, e a lasciare la città, dove la gente si accalcava, dove le famiglie si stringevano di paura, trasferendosi il virus col solo parlare, col solo respiro. La città era il luogo dove la gente cadeva morta per strada, davanti agli occhi degli altri, che si muovevano come le formiche che camminano attorno a un insetto morto: lo guardano, lo palpano e decidono se dimenticarlo o mangiarlo. Pezzo dopo pezzo..

Incerta inizialmente, la madre venne contaminata dalle brutte notizie nei giorni successivi all'allarme del nuovo virus: un uomo morto svaniva lungo quella strada, una donna cadeva morta sul marciapiede vicino. E arrivarono le telefonate della cugina. Vieni. Vieni con le bimbe. Qui c'è una grande casa nel villaggio. Non ci sono virus qui. La tua casa ti sta aspettando. Me ne prendo cura per te. Io e i miei figli ti aiuteremo.

I figli.

Come hanno fatto a non rendersi conto prima di ciò che stava accadendo?

Sciocca.

Lei non si rese conto. Forse le sorelle avevano intuito qualcosa.

Sciocche.

Lei e sua madre erano state le uniche a non accorgersene.

Le sorelle, sicuramente, così a loro agio con la loro situazione attuale, avrebbero almeno intravisto la possibilità di tutto ciò che stava accadendo. In ogni caso, quello da cui lei sarebbe scappata. Perché se tutte riuscirono a scappare dalla città, a mettere quattro valigie in macchina, a infilarsi per una strada lunghissima, allora anche lei sarebbe potuta andarsene, scappare quella notte. E non voleva lasciare l'animaletto che dormiva nel letto, che si era attaccato al suo corpo fin dal primo giorno, che era stato anche la sua salvezza, perché grazie alla sua presenza aveva potuto nascondersi in una stanza solitaria e non ricevere il cugino che, secondo il piano escogitato dalla zia, gli apparteneva. Lei non avrebbe abbandonato quel cagnolino, piccolissimo per qualche difetto, non come la mamma aveva lasciato la vecchia cagna in città: diceva che non avrebbe resistito al viaggio via terra, in macchina, per tanti giorni, che non si sarebbe abituata al villaggio.

Avevano lasciato la vecchia cagna in città, alle cure di una vicina di casa.

Allora aveva pianto di rabbia. E aveva odiato sua madre. Ora pianse di nuovo, un po', senza odiare sua madre. Con voglia di rivederla. Non l'avrebbe lasciata come avevano lasciato la vecchia cagna (e glielo avre-

bbe detto). E lei, a sua volta, non avrebbe lasciato quel cagnolino senza pelo che nessuno voleva, che era quasi morto insieme ai cuccioli più forti della cucciolata. Lo avrebbe portato con sé in paese, a casa di sua madre. E forse sarebbe riuscita a convincere la madre di tornare in città loro tre.

Ma per ora doveva andarsene da lì.

Già vestita, anche se senza scarpe, prese finalmente il piccolo cane e lo avvolse nella sua lurida coperta, incrociando il panno sul busto, come aveva visto fare alle donne nelle comunità lontane, per portare i figli e lavorare, per portare i figli e scappare. Da chi? C'era sempre chi scappava da qualcuno o qualcosa.

Il cane nemmeno si svegliò. Si sistemò in quella culla, sicuro nel contatto con il corpo di lei. Come era stato da quando era arrivata.

Sicura, con il cane al seguito, prese le scarpe e uscì a piedi nudi. Sapeva quanto peso mettere su ogni asse di legno, e come camminare nel buio per quella casa che aveva imparato a conoscere attraverso l'odio.



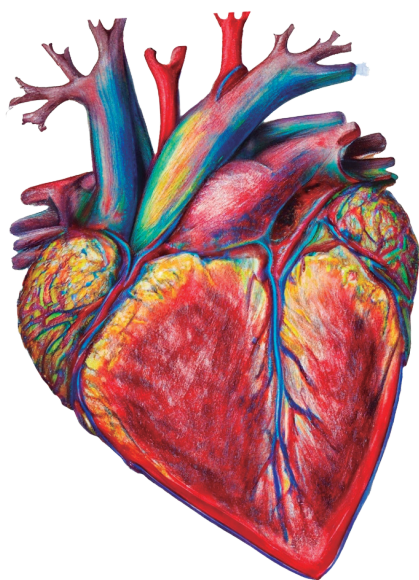
Non sapeva esattamente quanti giorni fossero passati da quando erano arrivati lì. Il tempo si allungava, ma da prima, da prima, da quando fu decretato che il mondo era stato invaso da un virus.

Si erano chiusi in casa, là in città, lei lasciò la scuola. Anche le sorelle interruppero ciascuna le proprie attività. Il primo giorno in cui le strade furono aperte, si erano ammassate in macchina e se ne erano andate. Il ricordo della vecchia cagna, nel cortile della vicina di casa, che le guardava allontanarsi, la fece piangere di nuovo.

La madre e le due sorelle maggiori avevano guidato per circa tre giorni, per una strada esasperatamente pianeggiante. Non si fermarono in nessun albergo. Nemmeno sarebbero riuscite a trovarlo. Sembrava che stessero viaggiando lungo una strada fantasma. Forse il mondo era finito e loro non lo sapevano. Dormirono dunque tre notti, una sopra l'altra, sul ciglio della strada. Quella strada esasperatamente pianeggiante.

Quando arrivarono in città, a quel punto, nel suo corpo era rimasta poca rabbia, e provò, piuttosto, sollievo quando scese dall'auto, allungò le ossa, i muscoli. La zia e i suoi figli li aspettavano proprio all'ingresso della casa. Le abbracciarono e baciaron. Le sorelle





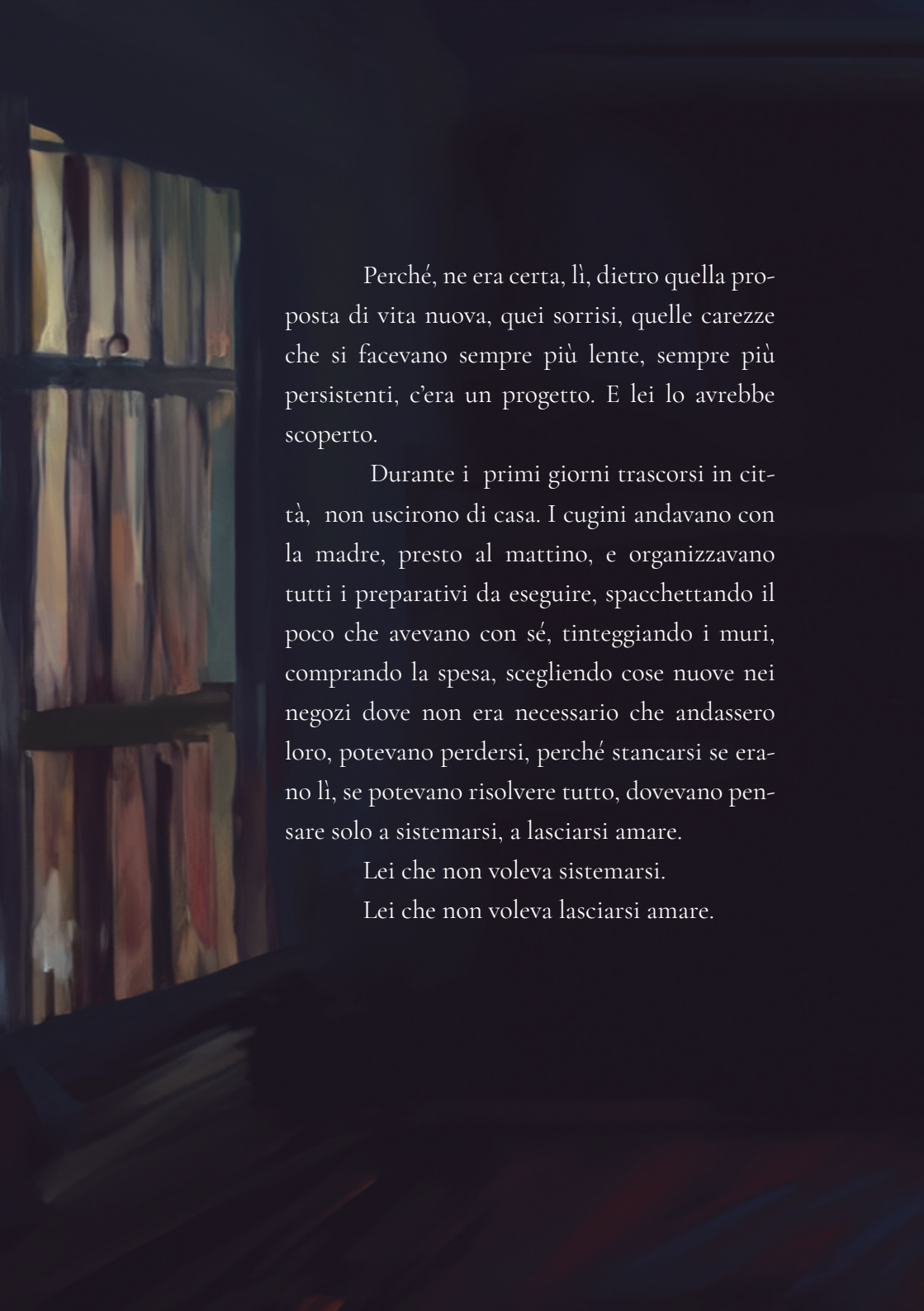
si lasciavano baciare, soprattutto dai cugini, che erano gentilissimi, premurosi, galanti, sudati, forti, capaci di sopportare la loro fatica, i preparativi di casa e quant'altro. "E Alda?" chiese la madre alla zia. "È rimasta a casa, era un po' stanca, la porterò uno di questi giorni, altrimenti la saluterete quando andrete voi, spero presto." Immediatamente sua zia la confrontò con suo cugino, che aveva la stessa età. "Allora, non essere timido, saluta tua cugina, aiutala."

E non aveva la faccia di chi chiedeva aiuto.

E non aveva la faccia di chi rideva.

Non voleva neanche voltare il viso perché il cugino potesse baciarla sulla guancia, ma lo fece: sua madre la fissava negli occhi, non con rabbia, ma con supplica. Sembrava chiedergli per favore, con quello sguardo, di non guastare la buona volontà dei suoi parenti, di non cominciare male questa nuova vita, di lasciarsi per un giorno alle spalle la guerra per l'abbandono della città e del cane.

Forse era stato un bene che il cugino l'avesse baciata. L'immediato disgusto che provò quando le sue labbra si posarono, umide e sode, sulla sua carne, fu ciò che la convinse, anche se ancora senza saperlo, a non prestarsi ai piani di sua zia, qualunque fossero.



Perché, ne era certa, lì, dietro quella proposta di vita nuova, quei sorrisi, quelle carezze che si facevano sempre più lente, sempre più persistenti, c'era un progetto. E lei lo avrebbe scoperto.

Durante i primi giorni trascorsi in città, non uscirono di casa. I cugini andavano con la madre, presto al mattino, e organizzavano tutti i preparativi da eseguire, spaccettando il poco che avevano con sé, tinteggiando i muri, comprando la spesa, scegliendo cose nuove nei negozi dove non era necessario che andassero loro, potevano perdersi, perché stancarsi se erano lì, se potevano risolvere tutto, dovevano pensare solo a sistemarsi, a lasciarsi amare.

Lei che non voleva sistemarsi.

Lei che non voleva lasciarsi amare.

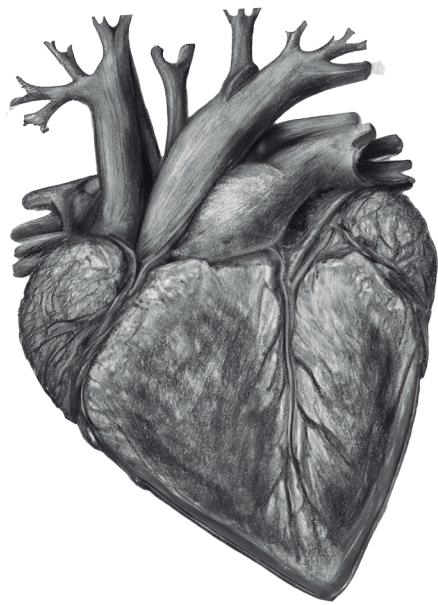


Voleva esplorare, vedere se avevano raggiunto il posto. Gridare. Pestare i piedi. Così prese una vecchia bicicletta che trovò nel garage della nuova-vecchia casa, la oliò e si diresse in paese. Il primo giorno, il terzo dal suo arrivo, uscì e la zia non poté dire al cugino coetaneo di seguirla. Quello, mezzo grassoccio, non riusciva a tenere il passo. E lei ha fatto orecchie da mercante alle sue urla, già in viaggio verso il nulla.

Era estate. Aveva tagliato le maniche della maglietta di sua sorella maggiore - quella che si truccava già, anche se sembrava in costume - e si sentiva più fresca, più a suo agio nella sua pelle. Indossava anche un reggiseno che per l'altra era troppo piccolo e che, invece, a lei stava bene, ma non lo sopportava molto. Infatti, a poco a poco si era stancata di ereditare i vestiti delle sue sorelle. Appena fu abbastanza lontana da casa, si appoggiò un attimo alla bicicletta, si tolse il reggiseno da sotto la maglietta e lo legò al sedile. Sembrava solo uno straccio. I suoi seni erano già cresciuti, ma non le piaceva tenerli stretti. Non facevano più male come quando si stavano sviluppando, anche se a volte le pesavano, quando stava per avere le mestruazioni, e altre volte, senza una ragione apparente. Le piaceva sentirli così, pesanti e duri sotto la camicia, sudati. Li guardava spesso mentre face-

va il bagno, e allora coglieva l'occasione per toccarli. Li strizzava. Ora, l'aria che entrava dalle maniche tagliate le solleticava i seni, non sui capezzoli, ma sui lati.

Ma anche se si toccava e provava sensazioni che non riusciva nemmeno a nominare, non pensava molto al sesso, all'atto in sé. Sapeva cosa succedeva tra un uomo e una donna quando fanno sesso, conosceva i rischi, aveva a disposizione la terminologia, tutte le informazioni possibili, le parole, ma non poteva associare quella conoscenza astratta al suo corpo, alle sensazioni sulla sua pelle. Non era ancora preoccupata se andare a letto o meno con un uomo, con un ragazzo, con qualcuno. Sapeva, lo sapeva allora, che le sue due sorelle maggiori l'avevano già fatto una volta in città, con qualche ragazzo della scuola. E poi, niente più. Non c'erano stati drammi di verginità perdute o gravidanze indesiderate. Erano andate a letto con un tipo e poi non era successo niente. È che erano abbastanza grandi per gestire la loro vita sessuale, aveva sentito dire dalla madre, erano ragazze che sapevano quello che facevano. Con la sorella minore, quella prima di lei, doveva fare più attenzione. Era ovvio che voleva innamorarsi, lasciarsi travolgere, andare a letto con chiunque gli capitasse davanti. Ma colui che sarebbe arrivato poteva anche non essere il mi-



gliore. Poteva anche non essere passabile. Si vedeva nei suoi occhi che, più che innamorarsi di qualcuno in particolare, era esaltata all'idea di avere una storia d'amore, e che quell'affare doveva includere anche soddisfazione sessuale.

Nel profondo, disprezzava quella sorella che aveva solo un anno e mezzo più di lei. La trovava stupida. E col passare dei mesi trovò stupide anche le altre sorelle, le stesse che, a un certo punto della loro vita, in un passato sotto un altro cielo, "sapevano quello che facevano". E adesso? Non potevano sapere cosa stavano facendo? Non potevano essere, si disse, così egoiste da accettare quel destino, quello di essere le mogli rurali di quei cugini, senza preoccuparsi se la madre avesse ancora bisogno di loro, senza nemmeno tornare a casa per informarla della loro unione. Nemmeno per dirgli addio. E quando un giorno aveva voluto lasciare il giardino della casa di sua zia, le avevano detto che non l'avrebbero lasciata uscire da sola, che avrebbero dovuto aspettare al sicuro che sua madre le richiamasse.

Erano prigioniere e solo lei si rendeva conto della loro situazione. O solo a lei importava.

Così, a quell'ora della notte, dopo i mesi trascorsi in quella casa, non le importava niente della sorte delle sue sorelle in quella casa in cui avevano deciso di stabilirsi con i cugini come amanti, conviventi, mogli consacrate dalla benedizione della zia. Lei comunque non avrebbe seguito la strada delle altre, non avrebbe lasciato che suo cugino, quello coetaneo, si intrufolasse nella sua stanza.

Il piano della zia era sempre stato quello: attirarle in paese, poi attirarle in casa, e che ognuna si unisse con uno dei suoi figli, ciascuna con quello della propria età, per partorire tanti bimbi che avrebbero ripopolato il mondo dopo la tragedia che aveva colpito tutta l'umanità.

Sembrava estremo: sì.

Sembrava un po' idiota: sì.

Ma non c'era altra risposta.

Aveva cercato allora di avvertire le sorelle dei suoi sospetti, le aveva prese da parte, insieme, separatamente, e aveva detto loro che era come un affare di famiglia, o una specie di piano diabolico, qualcosa di malato, che la zia aveva architettato e che ora voleva mettere in pratica,

così come aveva fatto partorire i cani e gli altri animali là fuori, mescolandosi, padrona e signora di un mondo vivo, sì, ma mal fatto, forzato. Loro rispondevano con una risata, poi con fastidio e alla fine la sorella poco più grande le aveva affondato le dita nel braccio e le aveva proibito di dire ancora cose del genere sulla zia e sui cugini che li avevano accolti così bene. Inoltre, non avrebbe lasciato che un maschiaccio le rovinasse la felicità.

Maschiaccio. Le sillabe suonavano come sputi su quella bocca goffa.

Non era stata sicura se una delle sue sorelle l'avesse tradita con la zia, ma cominciò a notare che lei la trattasse diversamente, fosse addirittura ancora più dolce, le dava i pezzi più grandi di pasticcio di carne, e a tavola si invischiava in lunghi discorsi sull'amore familiare, sull'unione, mentre la guardava intensamente. Poi piangeva, cominciava quasi in silenzio, e poi gemeva, guardava il cielo e diceva che sarebbe morta se fosse rimasta sola, senza vedere la sua famiglia ben formata. E che l'ingratitude, l'orrore supremo, si insinuava in ogni casa, nonostante l'amore che vi regnava.

Una volta aveva pensato di interrompere il pianto di sua zia e dirle che sua madre era quella sola, che era

stata abbandonata in una casa sconosciuta, in una città sconosciuta. Sola. Sola. Sola. E che, in quel caso, erano state loro, le sue sorelle, le ingrâte ad abbandonarla perché qualcuno aveva già messo le mani sotto i loro vestiti. Ma non avrebbe osato farlo. E anche se avesse taciuto e avesse offerto agli altri commensali un discorso più moderato sulla solitudine di sua madre, lì, in paese, la risposta, perché l'aveva sentita molto prima che qualcuno potesse dire qualcosa, sarebbe stata: sua zia quella mattina presto avrebbe sicuramente già chiamato sua madre, che era felicissima che le sue figlie fossero lì, con i cugini, che si divertissero, che da parte sua aveva bisogno di un po' di solitudine, di tranquillità, che forse non sarebbe stata in casa se fossero tornati all'improvviso, perché aveva intenzione di fare un giro in città per vedere cosa era rimasto lì.

Quando pensava alla madre, sola in quella casa dove avevano vissuto solo un paio di settimane, non poteva fare a meno di associare la sua immagine a quella della cagna nel cortile del vicino, che li guardava allontanarsi, senza avere la minima idea di quello che stava succedendo.

Ma lei sarebbe tornata. Era l'unica a non partecipare ai piani di sua zia.

Già sotto il portico, già con i piedi per terra, mentre si infilava le scarpe, sopportando l'aria fredda che l'aveva sfiorata, pensò che in realtà non era l'unica a non rientrare nel grande disegno ordito in quel momento a casa sua. Qualcun altro non ci stava: Alda.

La zia non aveva solo quattro figli. Aveva una figlia più piccola. lei aveva un paio d'anni in più. Alda era ancora una ragazzina, ma una ragazzina grande, forse qualche curva cominciava a vedersi, ma poche, e proprio quell'estate, un giorno, si era svegliata urlando e mettendo in disordine la casa perché il suo letto era coperto di sangue. La zia aveva urlato e aveva finto di svenire per lo shock. La sorella maggiore, poi, con aria materna, aveva condotto Alda nel bagno che tutte condividevano, il bagno di una casa di campagna, e le aveva spiegato cosa stava succedendo al suo corpo e perché, da quel momento in poi, non poteva più avere rapporti sessuali con un uomo perché avrebbe potuto rimanere incinta.

Lei non aveva partecipato a quella conversazione, ma non era stata difficile da immaginare, dalla sua stanza, mentre fissava il soffitto. Era lo stesso discorso che sua sorella le aveva fatto un paio di anni prima. Aveva trovato ridicolo il consiglio di non andare a letto con nessuno a un'età in cui non ci pensava nemmeno.





Ma la sua vita un po' era effettivamente cambiata, e poi il suo corpo aveva cominciato a mutare: qualcosa nella sua pancia, come un ago, si attivava a volte, senza preavviso, e i suoi seni crescevano, si arrotondavano, diventavano duri. Aveva pensato, mentre ascoltava le ultime tracce del trambusto della prima mestruazione di Alda, di toccarli, al buio, ma si era vergognata, allora, ascoltando il respiro rapido e agitato del cucciolo quasi pelato, attaccato a lei .

Alda non rientrava nei piani della zia. A chi unirla? Sapeva che a loro corrispondeva ciascuno dei fratelli. Lei, dal canto suo, stava trascorrendo le sue giornate fuggendo dal cugino coetaneo che, ogni volta che l'aveva trovata da sola , limitava il suo spazio vitale con il suo corpo, non osava metterle le mani addosso, non osava afferrarla ma si avvicinava così tanto che i loro corpi dovevano per forza toccarsi, unirsi . Continuava a sentire il suo calore di bambino paffuto ed eccitato.

Ma non l'avrebbe sentito più. Mai più.

Che cosa le importava di quello che fosse suc-

cesso ad Alda?, pensò un po' furiosa. Se non si fosse adattata a quel piano, forse la zia l'avrebbe data come compagna a qualche contadino lì vicino, per sbarazzarsi di lei o per farla partorire come le cagne nel cortile. Forse l'avrebbe mandata in città. Forse l'avrebbe uccisa. O no. Cancellò dalla sua mente le idee precedenti. Aveva trovato la risposta: sicuramente l'avrebbe tenuta lì, in quella casa, vergine per sempre, perché fosse serva dei suoi fratelli e delle loro mogli, le sue cugine, e dei loro figli e figlie, che si sarebbero moltiplicati e che si sarebbero sicuramente sposati, più tardi, come una tribù che si moltiplica come i gemiti che sentiva la notte prima di addormentarsi.

Alda era destinata a questo. All'immobilità del corpo salvo diversa disposizione. Amare e crescere i figli degli altri. A gestare, in altri grembi, l'affetto di madre, madre che non sarebbe mai stata.

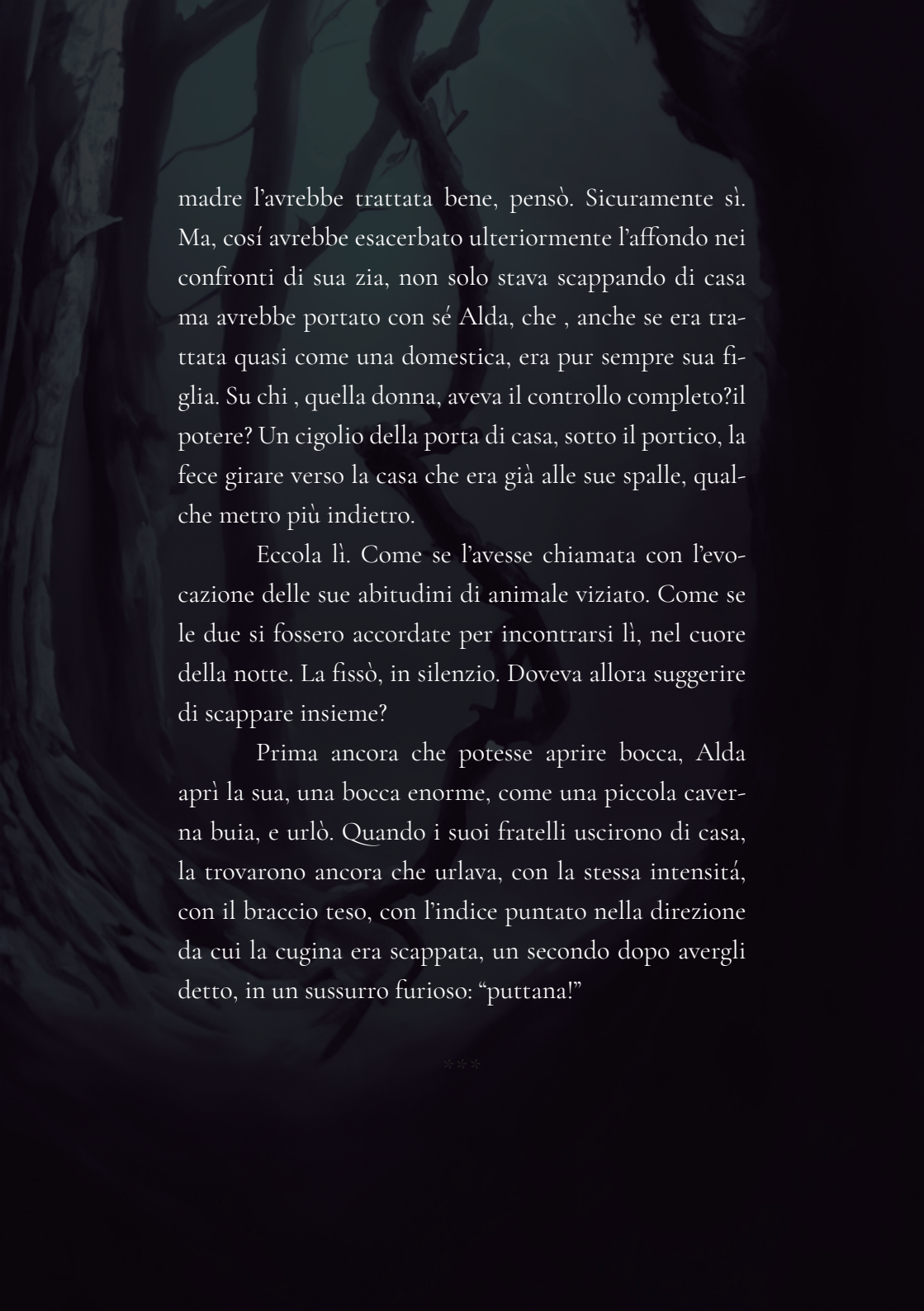
Per questo reagiva in modo scontroso quando una delle sorelle voleva farle qualche coccola, quando i

fratelli la deridevano, quando sua madre la mandava a fare questo o quel compito. Approfittava di quelle interazioni per muoversi, come un essere congelato che torna momentaneamente in vita, che vuole approfittare, goffamente, del suo permesso di esistere.

Si ripeteva nella sua mente, già con le scarpe ai piedi, ormai raggiunto il patio: cosa le importava di Alda? Non si erano mai parlate. Non riusciva nemmeno a ricordare se si fossero scambiate un saluto o qualche altra parola per pura cortesia. Non ricordava il tono della sua voce. Era sicura di non averla mai sentita parlare prima.

Si sedevano vicine al tavolo, all'estremo opposto di chi aveva in famiglia le redini delle loro esistenze. Si sedevano insieme, ma non ricordava se si fossero nemmeno toccate, per caso o di proposito, per trasmettere un messaggio di solidarietà, sollievo, sostegno. Si sedevano al tavolo non lontane, ma lei non ricordava di aver visto il volto di Alda. Naturalmente gli aveva guardato le mani mentre mangiava, anche se non con l'intenzione di notare la cugina, i suoi gesti, ma perché abbassava gli occhi per evitare qualsiasi contatto con il cugino, quella

che sembrava le fosse stato assegnato, e che sedeva proprio davanti a lei, per ordine della zia. (Non era insolito che la zia, nel bel mezzo del pasto, interrompesse ciò che diceva o la conversazione in corso per rimproverare il figlio più piccolo, per dirgli di prestare attenzione alla cugina, di essere educato con lei, forse lei voleva il sale, il pepe, qualche altra cosa, e lui non le aveva chiesto niente, concentrato com'era a mangiare-mangiare-mangiare). Così una volta aveva guardato le mani di sua cugina Alda, le dita che tritavano abilmente un pezzo di pollo, dita veloci quando toccavano direttamente il cibo, ma che diventavano un po' goffe nel maneggiare le posate. Sì, si ricordava che una volta, in una determinata occasione, dopo essersi concentrata sulle dita di Alda, aveva sentito lo schiocco della sua lingua mentre succhiava fino all'ultimo il grasso del pollo arrosto che divorava voracemente. Era un animale che mangiava un altro animale, pensò quella volta. E l'idea non le dispiaceva.



madre l'avrebbe trattata bene, pensò. Sicuramente sì. Ma, così avrebbe esacerbato ulteriormente l'affondo nei confronti di sua zia, non solo stava scappando di casa ma avrebbe portato con sé Alda, che, anche se era trattata quasi come una domestica, era pur sempre sua figlia. Su chi, quella donna, aveva il controllo completo? il potere? Un cigolio della porta di casa, sotto il portico, la fece girare verso la casa che era già alle sue spalle, qualche metro più indietro.

Eccola lì. Come se l'avesse chiamata con l'evocazione delle sue abitudini di animale viziato. Come se le due si fossero accordate per incontrarsi lì, nel cuore della notte. La fissò, in silenzio. Doveva allora suggerire di scappare insieme?

Prima ancora che potesse aprire bocca, Alda aprì la sua, una bocca enorme, come una piccola caverna buia, e urlò. Quando i suoi fratelli uscirono di casa, la trovarono ancora che urlava, con la stessa intensità, con il braccio teso, con l'indice puntato nella direzione da cui la cugina era scappata, un secondo dopo avergli detto, in un sussurro furioso: "puttana!"





Aveva corso tutta la notte. La foresta gli sembrava infinita. Aveva calcolato male le distanze. Sicuramente si era persa. Quella che nella sua mente, quando progettava la fuga, sembrava una passeggiata di poche ore, si era trasformata in un viaggio senza fine che già cominciava a spaventarla, non solo per la sua vita, ma anche per quella del cagnolino che portava con sé.

Quando si era messa a correre, dopo l'allarme di Alda, era entrata nel boschetto, velocemente, senza pensare ai rami che colpivano il suo viso, le sue gambe, le sue braccia, quei rami che volevano trattenere il suo corpo, che volevano riportarla indietro, verso quella casa dove era condannata a quel destino. Continuò a correre nonostante i rami. Faceva attenzione in ogni momento a stringere il fagotto che le era attaccato alla schiena, per non perderlo per strada, nella fuga, e in un certo senso si consolava pensando, frettolosamente, che il cagnolino non avrebbe risentito dell'impatto con le erbacce, perché lei lo proteggeva con il suo corpo.

Corse fino allo stremo, poi continuò a camminare, a passi lunghi. Se si fosse fermata, pensò, non avrebbe avuto la forza di rialzarsi e continuare la fuga. Inoltre un paio di volte quando si era voltata indietro, aveva visto delle luci, sicuramente delle torce, che annunciavano la presenza dei suoi cugini, già a caccia. La preda era lei, ovviamente. Ecco perché doveva continuare, anche se il suo corpo bruciava.

L'immagine di lei che tornava a casa della zia, stanca, sudata, con il cane al seguito, scortata dai cugini, ridenti e irritati, le rendeva la bocca amara. Sputò un paio di volte lungo la strada. Non sarebbe tornata indietro. Poteva anche immaginare le urla delle sue sorelle, le urla assurde della sorella, quella un po' più grande di lei, sicuramente l'avrebbe anche pizzicata, sarebbe stata capace di schiaffeggiarla, le avrebbe stretto ancora le braccia, con le dita come artigli, mentre le diceva, a denti stretti, che non avrebbe lasciato che una virago le rovinasse la felicità.

Resta con la tua felicità, stupida, le disse nella sua mente. Poteva immaginare la scena, già sentiva le parole. Di nuovo come uno sputo.

Continuò.

Calcolò di essere uscita di casa alle due del mat-

tino. Era più avanti dei cugini, sicuramente, perché nel momento in cui avevano sentito le urla di Alda, sarebbero stati profondamente addormentati, nudi, sicuramente, insieme alle loro cugine, sue sorelle, nude anche loro, tutti sfiniti dal movimento e dal rumore dei letti. Sputò di nuovo. Ci avrebbero messo un bel pò di tempo a vestirsi, a calmare la zia, che doveva essere saltata fuori dal suo enorme letto dalle molle cigolanti per l'urlo della figlia.

Ripeté, a bassa voce: "puttana!"

Si fermò per un secondo. Gli parve di sentire l'eco del suo insulto. Si guardò indietro. Nessuno. Niente. Le luci sembravano molto lontane. Ma preferiva non fidarsi. La foresta sembrava immensa. Decise di continuare a camminare finché era buio, sentendo il terreno sotto i piedi: poteva vedere bene perché la notte era stellata. L'aveva pianificato bene, aveva aspettato la notte in cui la luna sarebbe stata quasi piena. Non aveva voluto portare una torcia elettrica. Sarebbe stato un segnale per ritrovarla. E lei si era immaginata così, nella penombra, anche se non aveva pensato all'allarme dato da sua cugina.

Le cose erano andate diversamente. La stavano raggiungendo prima di quanto avesse previsto. Nella sua mente aveva immaginato tante volte la scena in cui sua zia entrava prima nella stanza e la trovava vuota, poi urlava, andava di qua e di là a cercarla, bussava alla porta di ogni figlio, di tutti quelli che giacevano ancora legati alle rispettive femmine, come animali, pensò, sì, come animali, sudati, e la vecchia che avrebbe continuato a gridare, che sarebbe andata in cortile e che si sarebbe accorta perfettamente che lei se n'era andata perché non avrebbe trovato il cagnolino, quello appestato, come lo chiamava la zia. Vecchia di merda, sputò di nuovo.

Le cose erano andate diversamente. La stavano cercando prima di quanto avesse previsto. Pertanto il piano doveva essere modificato. Avrebbe camminato per il resto della notte, ma prima dell'alba avrebbe dovuto cercare un rifugio, un nascondiglio. Se non l'avessero trovata adesso, i cugini sarebbero tornati per riposarsi, per finire il sonno, per cercare vestiti migliori, per prepararsi, per essere pronti per trovarla alla luce del giorno. E non poteva neanche restare vicina alla strada: non poteva rischiare di essere sorpresa sulla strada. Se l'avessero catturata, non sarebbe riuscita a scappare di nuovo.

oscurità

FUGA

POITANA

FAMIGLIA





++

IRAX

MAIALE

STASSO

A

A

II

All'alba, quando la stanchezza cominciò a pesare sul suo corpo, trovò una grotta. Piccola. Buia. Come la bocca di Alda quando urlava nella notte.

Puttana.



Non avrebbe voluto addormentarsi, ma appena si sdraiò sul pavimento di terra battuta chiuse gli occhi. Riuscì soltanto a togliersi il fagotto dalla schiena, per controllare che il cane respirasse ancora, che non fosse morto di sete o affogato nella sua stessa urina, nel caso in cui si fosse pisciato addosso mentre lei camminava senza freni.

Il cane, una volta a terra, fece qualche passo, si accovacciò e rilasciò un rivolo di urina. Non sollevò nemmeno la polvere. Lei lo avvicinò al suo corpo e, tenendolo in braccio, si sdraiò, per restare vigile, con gli occhi aperti. Non poté fare a meno di addormentarsi.

Quando si svegliò lo fece di soprassalto. Aveva dimenticato tutto. Cosa? Il posto in cui si trovava. Il dolore del corpo che fuggiva. L'odio che l'aveva spinto a fuggire. Quando aprì gli occhi, poi, ritrovò, al ritmo del suo respiro, i ricordi, gli echi delle sue sensazioni, delle sue frustrazioni, dei suoi desideri. Il cane si era staccato dalle sue braccia per andare in fondo alla grotta, una profondità che a poco a poco veniva offuscata dall'oscurità, e annusava il pavimento.

Si era addormentata rivolta verso l'interno della grotta. Quando si voltò, per affrontare lo spazio aperto, la vista del cielo, sapeva già che c'era qualcun altro lì. Poi la vide. Era in piedi all'ingresso della grotta. Proprio come era in piedi sotto il portico di casa, a fissarla, pronta a dare l'allarme. Non pensò allora di chiederle di accompagnarla o di implorarla di non tradirla più. Non pensava. Si limitò ad avventarsi su Alda, a buttarla a terra, e poi a trascinarla nella grotta, senza curarsi del dolore del suo corpo, senza curarsi nemmeno, se causesse dolore all'altra. Il cane, ignaro delle due ragazze, continuò la sua esplorazione della parte interna della grotta, forse considerando quello spazio come la sua nuova casa.

Le ci volle un po' per rendersi conto che Alda non si stava difendendo. Inoltre non aveva urlato, né per chiedere aiuto, né per dolore. Solo rimaneva seduta dove lei l'aveva posata e la guardava. Uno, due secondi. Tre.

—Che cazzo ci fai qui? Dove sono i tuoi fratelli? —disse cercando di non alzare la voce. Un sussurro trasmetteva più furia di un urlo.

Alda non rispose. Lei sedeva lì, guardandola, come un animale tra speranza e dubbio. Si sedeva addirittura come una bestia, pensò, come una ragazza-lupo, una ragazza-volpe, una ragazza-cagna selvaggia. Si ricordò quello che aveva visto quella volta a tavola, le dita di sua cugina che mangiavano come una scimmia carnivora che impara ad abbattere la sua prima preda. “Un animale che mangia un altro animale.”

In qualche modo Alda aveva intuito cosa pensava la cugina, perché da uno zaino di tela lurida che portava sulle spalle, tirò fuori una ciotola. E una bottiglia d'acqua. Le offrì entrambi i contenitori e allungò le braccia verso l'alto. Chiunque avesse visto la scena avrebbe pensato a un'offerta, alla sottomissione di un sacrificio a un dio. O dea.



Guardò più volte i contenitori e poi il viso di sua cugina. Guardò anche verso l'ingresso della grotta. Si aspettava di vedere i suoi cugini apparire da un momento all'altro per trascinarla di nuovo a casa. Ma i secondi passavano, i minuti passavano, e loro due erano ancora lì, una di fronte all'altra. Capì allora che anche Alda era fuggita, che forse conosceva il bosco meglio di chiunque altro perché era cresciuta lì, o che, piuttosto, era cresciuta sola tra la casa e la natura selvaggia, per metà animale, a causa dell'abbandono della madre, più concentrata sull'educazione di quei ragazzini che un giorno avrebbero avuto mogli utili, le sue sorelle. Accettò le ciotole e si sedette a gambe incrociate davanti ad Alda, stappò la bottiglia e bevve due lunghe sorsate d'acqua. Aprì la ciotola, dentro c'erano due pezzi di pollo attaccati insieme dal grasso freddo, insieme ad una fetta di carota. Ne offrì uno a sua cugina. Alda lo prese in silenzio, con gli occhi fissi su di lei.

Il cane, appena annusò l'odore del pollo, si avvicinò alle ragazze. Muoveva appena la coda, la sua miserabile coda con pochi peli. Lei abbassò le difese. Vide che l'animale stava già guarendo dalla debolezza che la vita gli aveva dato al momento della nascita. Con atten-

zione, staccò alcuni fili di pelle bianca dal petto di pollo che sua cugina le aveva lasciato nella ciotola e le diede al piccolo e vorace animale.

—Perché mi aiuti?— chiese, senza guardare la cugina, con gli occhi fissi sui movimenti del cane, con la paura che potesse soffocare con il minimo pezzo di carne. Il suo tono non era più brusco. C'era cautela. E forse qualche paura. Anche qualcos'altro, una premonizione. Un ago che si attivava senza una ragione apparente. A volte.

L'altra non rispose. Mangiava solo.

Lei mise dell'acqua sul coperchio del contenitore del pollo per il cane e lui bevve tutto il liquido. Poi, sembrò ignorarle e tornò in fondo alla grotta, per annusare quel nuovo mondo.

Poi successe.

Alda si succhiò le dita e sentì il suono.

Quello fu il fattore scatenante.

Diede a sua cugina un colpo talmente forte che questa fece cadere la coscia di pollo sul pavimento. Poi la schiaffeggiò. Alda continuò a non reagire. Semplicemente la guardava. Lo stupore di quel colpo la esasperò ancor più del suo silenzio.

—Cosa vuoi da me, ah?

L'aveva detto molto vicino al viso di Alda, così vicino che sicuramente qualche goccia di saliva sarebbe rimasta attaccata alle guance della ragazza, alla bocca semiaperta che mostrava due enormi incisivi. Si avvicinò così tanto all'altra che i loro volti erano così vicini sembrava guardare qualcuno che baciava il proprio riflesso in uno specchio, lasciando che la pelle si bagnasse con una bava trasparente, un po' amara, che scivolava fredda sulle superfici dei tessuti, della carne, della terra, scorrendo con altri liquidi essenziali.



Dopo aver camminato per un po' sul duro asfalto della strada, nella tarda mattinata, vide qualcosa che brillava sul lato della strada. Non poteva essere la stessa bicicletta che aveva trovato una volta nel





garage della casa di città. Ma sembrava simile. Un'altra bicicletta altrettanto vecchia, abbandonata, ma che poteva correre, che poteva servirgli almeno fino al paese, alla casa, in braccio a sua madre che, ne era sicura, sarebbe stata lì, e non in viaggio, come aveva detto loro la zia tante volte.

Non le importava più se qualcuno la vedeva, se gli stessi cugini arrivavano attraverso la foresta, lungo la strada, nel loro orribile camion bianco. Che la guardassero. Non potevano fermarla adesso. Non potevano fermare nulla nella sua vita. Oltretutto avevano già perso molto tempo. Lei era molto più lontana da loro, in ogni senso.

Prima di cominciare a pedalare si sistemò bene sul sedile, con un certo dolore, sentì la pelle sfregare, sentì la pelle pulsare forte, laggiù, al centro, come se aspettasse ancora con ansia la penetrazione. Insaziabile.

Ricordò le dita di sua cugina Alda, sporche di grasso, sporche di tutto.

Si mise la coperta sulla schiena dove portava ancora il cane addormentato. Era meglio che si sbrigasse. Presto il sole avrebbe colpito più forte. In effetti, si sentiva già molto accaldata. Pensò all'odore che sarebbe uscito dalla grotta, l'odore delle ossa, di tutto ciò che si era

rovesciato sul terreno polveroso. Da quel buco sarebbe uscita la puzza di animali morti e disossati. Quello, se volevano, potevano recuperare i suoi cugini.

Presto prese velocità. Il vento la colpiva in volto, rinfrescando le ferite dovute ai colpi dei rami e ai morsi. Anche la lingua lasciava ferite.

Il vento la trafisse: sotto la camicetta sentiva i seni. Duri. Sudati. Saggi.

Erano seni che ondeggiavano, pesanti, gravidi di qualcosa di nuovo e sconosciuto.



Sandra Araya

Quito, 1980, estudió Comunicación y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). Abrió una editorial llamada Doble Rostro, que cuenta ya con varios títulos. Ha publicado cuentos en las revistas *El Búho*, *Aceite de perro*, *Big Sur*, *Ómnibus*, *Aurora Boreal*, *Casapalabras* y *Letras del Ecuador*. También está incluida en las antologías *Ecuador Cuenta*, *Mujeres que hablan*, *Nunca se sabe*, *Despertar de la Hydra*, *Señorita Satán*, *Viajes y virajes*, *Calle 21* y *Voces que cuentan*. En 2010 ganó la Bienal Pablo Palacio. Fue editora del suplemento cultural *cartónPiedra*. Colabora con la revista *Mundo Diners*. Fue editora de la revista *Babieca*, de cine y teatro. En 2014, publicó su novela *Orange*. En 2015 ganó el premio La Linares con su obra *La familia del Dr. Lehman*. En 2017, el sello La Caracola publicó su adelanto *El cielo por partes*, capítulos del proyecto de novela titulado *El cielo*. Su *nouvelle*, *El lobo*, fue publicada en 2017 por la Campaña de Lectura Eugenio Espejo. En 2018 aparecieron las novelas *El espía*, *la carnada*, *el precio*, en Editorial El Conejo, y *Un suceso extraño*, con La Caracola. Forma parte de la directiva de la Asociación de Editores Independientes de Ecuador. Magíster en Estudios de la Cultura y Literatura de la Universidad Andina Simón Bolívar. Su más reciente obra publicada es *Salvajes (Del día después)*, libro de relatos que mereció una mención en el premio Joaquín Gallegos Lara en 2022. En 2023, ganó el premio Miguel Donoso Pareja por su novela *Los enterramientos*, de próxima aparición.

Quito, classe 1980, ha studiato Comunicazione e Letteratura presso la Pontificia Università Cattolica dell'Ecuador (PUCE). Ha aperto una casa editrice chiamata Doble Rostro, che ha già diversi titoli. Ha pubblicato racconti sulle riviste: *El Búho*, *Aceite de perro*, *Big Sur*, *Ómnibus*, *Aurora Boreal*, *Casapalabras* e *Letras del Ecuador*. I suoi scritti sono stati inclusi nelle antologie *Ecuador Cuenta*, *Mujeres que hablan*, *Nunca se sabe*, *Despertar de la Hydra*, *Señorita Satán*, *Viajes y virajes*, *Calle 21* y *Voces que cuentan*. Nel 2010 ha vinto la Biennale Pablo Palacio. È stata redattrice del supplemento culturale *CartónPiedra*. Collabora con la rivista *Mundo Diners*. È stata redattrice della rivista di cinema e teatro *Babieca*. Nel 2014 ha pubblicato il suo romanzo *Orange*. Nel 2015 ha vinto il premio La Linares con *La familia del Dr. Lehman*. Nel 2017 l'etichetta La Caracola ha pubblicato in anteprima *El cielo por partes*, capitoli del progetto di romanzo intitolato *El cielo*. Il suo romanzo *El lobo*, è stato pubblicato nel 2017 dalla Campagna di lettura Eugenio Espejo. Nel 2018 sono apparsi i romanzi *La spia*, *l'esca*, *il prezzo* (edit. El Conejo), e *Uno strano evento* (edit. La Caracola). Fa parte del consiglio di amministrazione dell'Associazione degli editori indipendenti dell'Ecuador. Master in Studi Culturali e Letteratura presso l'Università Andina Simón Bolívar. La sua opera più recente pubblicata è *Salvajes (Dal giorno dopo)*, un libro di racconti che ha meritato una menzione al premio Joaquín Gallegos Lara nel 2022. Nel 2023, ha vinto il premio Miguel Donoso Pareja per il suo romanzo *Los enterramientos*, di prossima uscita.

Anna María Tripaldi Proaño

Licenciada en Comunicación Social, Magister en Estudios de la Cultura con mención en Diseño y Arte. PhD en Diseño. Gestora cultural, profesora e investigadora en las áreas de la comunicación visual, estética, filosofía y teoría del diseño, historia, cultura y semiótica. Ha impartido clases en las escuelas de comunicación social, ingeniería de la producción, estudios internacionales, diseño gráfico, diseño de objetos, diseño de modas y diseño de interiores. Fue miembro de la Junta Académica de la Escuela de Comunicación social y de la escuela de Diseño de Objetos, directora de la Escuela de Diseño de Objetos, miembro principal docente del Consejo de la Facultad de Diseño y miembro docente alterno del Consejo Universitario de la Universidad del Azuay. Fue miembro del Consejo consultivo de la televisión pública del Ecuador. Ha publicado varios artículos, capítulos de libros y libros en calidad de autora y coautora. Actualmente ocupa el cargo de Directora de Cultura de la Universidad del Azuay.

Laureata in Comunicazione Sociale, Master in Studi Culturali con menzione in Design e Arte. Dottorato di ricerca in Design. Manager culturale, docente e ricercatore nei settori della comunicazione visiva, estetica, filosofia e teoria del design, storia, cultura e semiotica. Ha tenuto corsi in scuole di comunicazione sociale, ingegneria della produzione, studi internazionali, graphic design, design degli oggetti, design della moda e interior design. È stata membro del consiglio accademico della Scuola di Comunicazione Sociale e della scuola di Object Design, direttrice della Scuola di Object Design, docente principale del Consiglio della Facoltà di Design e docente supplente del Consiglio Universitario dell'Università di Azuay. È stata membro del Consiglio consultivo della televisione pubblica dell'Ecuador. Ha pubblicato diversi articoli, capitoli di libri e libri come autrice e coautrice. Attualmente ricopre la carica di Direttore della Cultura dell'Università di Azuay.

Diego Felipe Larriva Calle

Profesor e investigador en el campo del diseño y el diseño de información, con énfasis en arquitectura de la información e interacción humano-computadora. Ha liderado numerosos proyectos multimedia enfocados en la integración de las tecnologías de información en los procesos educativos. Profesor de cátedras relacionadas con el diseño multimedia, Design Thinking, animación, usabilidad, y accesibilidad. Candidato a PhD en Diseño de la Universidad de Palermo (Argentina), Máster en Diseño y Multimedia de la Universidad del Azuay, licenciado en Diseño. Diego ha coordinado programas educativos y de investigación, contribuyendo a la comunidad académica y profesional. Participa activamente en conferencias internacionales y ha sido reconocido por su labor en diseño y educación.

Professore e ricercatore nel campo del Design e dell'Information Design, con particolare attenzione all'architettura dell'informazione e all'interazione uomo-computer. Ha condotto numerosi progetti multimediali focalizzati sull'integrazione delle tecnologie informatiche nei processi educativi. Docente di corsi relativi al design multimediale, Design Thinking, animazione, usabilità e accessibilità. Dottorando in Design presso l'Università di Palermo (Argentina), Master in Design e Multimedia presso l'Università del Azuay, laureato in Design. Diego ha coordinato programmi educativi e di ricerca, contribuendo alla comunità accademica e professionale. Partecipa attivamente a conferenze internazionali ed è stato riconosciuto per il suo lavoro nel design e nell'istruzione.



Huyendo de algún virus innominado, la joven protagonista de este cuento se refugia junto a su familia en la casa de una tía que parece albergar un perverso propósito. Allí la narradora encuentra a Alda, una adolescente más sinuosa y compleja que la mayoría de su edad. Entre ambas no tarda en surgir una extraña mezcla de atracción y repulsión cuyo final es tan inquietante como ambiguo. Con una prosa compacta y poética, Sandra Araya nos sumerge en una evolutiva atmósfera de tensiones morales y eróticas que evidencia la madurez de su arte narrativo.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

ISBN: 978-9942-645-79-1



9 789942 645791